

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA  
FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES

**BIBLIOTECA**  
HISPANOAMÉRICA

FRENTE A LOS

**NACIONALISMOS AGRESIVOS**

DE EUROPA Y NORTEAMÉRICA

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS  
EN LA FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES  
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

POR

JOSE VASCONCELOS

EN AGOSTO-OCTUBRE DE 1933

*Envío de la Biblioteca de la  
Facultad de Derecho de  
La Plata*



LA PLATA  
1934

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

*Presidente:* Doctor Ricardo Levene.

*Vicepresidente:* Profesor José Rezzano.

*Secretario general y del Consejo superior:* señor Santiago M. Amaral

CONSEJO SUPERIOR

CONSEJEROS TITULARES

*Decano:* Doctor José Peco

*Delegado:* Doctor Enrique V. Galli.

*Por la Facultad de humanidades y ciencias de la educación:*

*Decano:* señor José Rezzano

*Delegado:* Doctor Juan E. Cassani

*Por la Facultad de Química y farmacia*

*Decano:* Doctor Antonio G. Pepe

*Delegado:* Doctor Juan E. Machado

*Por la Facultad de ciencias físico-matemáticas*

*Decano:* Ingeniero Guillermo C. Céspedes

*Delegado:* Ingeniero Justo Pascali

*Por la Facultad de ciencias médicas*

*Decano:* Doctor Héctor Dasso

*Delegado:* Doctor Orestes E. Adorni

*Por el Instituto del Museo*

*Director (interino):* Ricardo Levene

*Delegado:* Doctor Juan Keidel.

*Por la Facultad de Agronomía*

*Decano:* Ing. Agrón. César Ferri.

*Delegado:* Ing. Agrón. Aníbal L. Guastavino

*Por la Facultad de medicina veterinaria:*

*Decano:* Doctor Carlos J. B. Teobaldo

*Delegado:* Doctor Agustín Pardo

*Por la Escuela superior de bellas artes*

*Director:* señor Fernán Félix de Amador

*Delegado:* Señor Rafael Peacan del Sar

*Por el Instituto del Observatorio Astronómico*

*Director:* Ing. Félix Aguilar

*Delegados estudiantiles*

Señores José Negri y Mario Chaneton

NÓMINA DE AUTORIDADES  
DE LA  
FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES

(Julio 1° de 1932-1936)

DECANO

Doctor José Peco

CONSEJEROS

(Julio 1° de 1932-1936)

Titulares

Suplentes

Doctor Juan E. Lozano  
Doctor Manuel Pinto.  
Doctor Carlos M. Vico.

Doctor César Díaz Cisneros.  
Doctor Arturo Barcia López.  
Doctor Luis Méndez Calzada.

(Julio 1° de 1934-1938)

Doctor Manuel F. Castello.  
Doctor Alfredo L. Palacios  
Doctor Buenaventura Pessolano.

Doctor Francisco Orione.  
Doctor Ricardo de Labougle.  
Doctor Emilio Ravignani.

DELEGADOS ESTUDIANTILES

Señor Mario Ismael Atencio.  
Señor David Blejer.

HISPANOAMERICA  
FRENTE A LOS  
NACIONALISMOS AGRESIVOS  
DE EUROPA Y NORTEAMERICA

F9 A 76  
1789.1



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA  
FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES

HISPANOAMÉRICA  
FRENTE A LOS  
NACIONALISMOS AGRESIVOS  
DE EUROPA Y NORTEAMÉRICA

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS  
EN LA FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES  
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA  
POR  
JOSÉ VASCONCELOS  
EN AGOSTO-OCTUBRE DE 1933



LA PLATA  
1934



## PRESENTACIÓN DEL DECANO JOSÉ PECO

---

*A ufanía tiene la Facultad la venida de un embajador de la alcurnia intelectual de Vasconcelos, que otrora fuera acogido jubilosamente en este mismo recinto investido con las galas diplomáticas.*

*Por requerimiento de la Facultad de ciencias jurídicas y sociales llega a tierra argentina con la ejecutoria de maestro eminente y de conferencista disertador, de pensador de alto rumbo y escritor de recio estilo, de hombre probo y ciudadano entero, y ¿por qué ocultarlo?, la de proscrito pobre e insobornable después de haber ocupado las más encumbradas magistraturas políticas y las más elevadas dignidades universitarias.*

*Va a hablar en la misma universidad que recogiera los acentos de la magnilocuencia de Ferri, el fruto de las investigaciones de Posada, las agudezas del talento de Labriola, las lecciones de sabiduría de Jiménez de Azúa, con la amplitud de miras sellada por su fundador Joaquín V. González, cuyo espíritu renovador vaga por los claustros.*

*De España llega este sabio pensador que busca paz a su espíritu en el análisis de palpitantes problemas políticos o en la profundización de arduas cuestiones filosóficas, éste rector sin par de los hombres jóvenes y maestro con autoridad de los hombres maduros.*

*En la opulencia del poder o en la oscuridad de la*



proscripción, con ornamentos de embajador o con civil indumentaria, refugiado en olvidada aldehueta española o llamado a nación extranjera, afincado en el patrio solar o andante en extrañas patrias, Vasconcelos es el más alto representante del Méjico turbulento y una de las más elevadas expresiones intelectuales de la América inquieta.

A pesar de que huésped tan ilustre no ha menester ni de la frase ligera de la cordial salutación, ni del severo ritual de la presentación protocolar, excusadme por esforzar vuestra voluntad y poner a prueba vuestra paciencia.

A este recinto asiste ornado con la investidura de maestro de la juventud americana, título que le discerniera la estudiantina del continente y acaso pocas veces el galardón ha cobrado tanta prestancia y tanta autenticidad.

A buen seguro, lo es quien aunando la perspicuidad de la inteligencia, lo vasto de la cultura y lo agudo del talento con la reciedumbre de la voluntad, la limpieza de la conducta y la varonía del carácter enseña con su saber y edifica con sus virtudes.

Sin la conducta, sin la grande hombría nada vale la inteligencia más esclarecida ni el talento más poderoso. Los descubrimientos científicos, las construcciones jurídicas, las teorías filosóficas ceden al empuje de nuevos esfuerzos intelectuales, en tanto que el valor de un ejemplo o de una vida, se aquilata con el tiempo.

Lo que separa al maestro auténtico del maestro vulgar no es tanto la elevación de las ideas como la dignidad del carácter. Mientras éste va en pos de miras angostas y cede ante los primeros obstáculos, aquél henchido de virtudes mayores agrega a la altura de miras la lección de su vida, cualidad ésta que no huelga señalar, singularmente en América, donde es preciso sobrellevar la

aspereza de la lucha a la par que quebrantar la hostilidad del medio.

Vasconcelos señala su acción con trazos burilados como educador de las masas, como beligerante de las dictaduras, como apóstol del ibero-americanismo, como adversario del imperialismo extranjero, como enemigo de las empresas guerreras.

Quebrantar la ignorancia, aniquilar las dictaduras, aglutinar ibero-américa, abatir todo imperialismo, concluir con las guerras es la tarea que acomete tanto en la acción cuanto en el libro o en la revista, lo mismo en la labor gubernativa como en la faena libresca, así en los capítulos pulcros y plácidos de su *Ética*, como en las páginas vigorosas y encendidas de *La Antorcha*.

Si en educación se revela el estadista mejicano por antonomasia y en filosofía se muestra como el pensador más original de América, en el espíritu de ciudadanía se ostenta, no ya como figura prócer de su patria, más de todo el continente.

Por primera vez en la historia mejicana aparece un ministro que al igual de Sarmiento aquí ve en el fomento de la educación popular un medio de bienestar individual y de prosperidad nacional.

Empero más afortunado que el nuestro a quien se le asemeja por sus destellos geniales y sus desplantes masculinos, logra convertir en algo hacedero concepciones más colindantes con lo quimérico que con lo real.

Penetrado de que la educación se inspira en Quetzalcoatl puro y no en Huitzilopochtli sanguinario, mediante el Departamento de enseñanza indígena difunde la enseñanza elemental y la educación manual al indio, mediante el Departamento de Desalfabetización arrebató cincuenta mil personas anuales al analfabetismo, mediante los Departamentos fundamentales, el escolar, el de Bibliotecas y el de Bellas artes desarrolla



la enseñanza elemental, secundaria y universitaria, fomenta el libro, la pintura, la escultura, la música y el canto, todo con tal esplendor que los venideros jamás podrán sobrepujar.

El ibero-americanismo de Vasconcelos no se asienta en las faramallas del protocolo ni en los arrequives de la diplomacia, más propensa al garbo oratorio o al medro político que a la solidaridad por un ideal o a la pugnacidad por un destino, sino que adentrándose en los estratos más hondos de la raza procura a un tiempo restaurar la grandeza pretérita y proteger su patrimonio material y moral del imperialismo extranjero. A la zaga no quedan sus empeños para derribar las dictaduras y concluir con las guerras, ya que en América no tienen por qué correr las vertientes que desembocan en la una o en la otra: ni la inquina racial, ni el litigio religioso, ni el capricho de un déspota, ni la ambición de un capitán, ni la rivalidad económica, ni la emulación estatal.

Por sus esfuerzos para desarraigar la ignorancia y abatir la fuerza, por su amiga a la confraternidad ibero-americana y su enemiga al imperialismo extranjero, por su inclinación a lo noble y su amor a la justicia, me congratulo en ceder la tribuna universitaria a uno de los pocos grandes de América.

*Dedico esta publicación al doctor José Peco, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata, que aun sin compartir del todo las tesis aquí apuntadas, me ha prestado el concurso de un colega, la simpatía del amigo, la comprensión de su alto espíritu.*



# HISPANOAMÉRICA FRENTE A LOS NACIONALISMOS AGRESIVOS

## DE EUROPA Y ESTADOS UNIDOS

---

### RACISMO Y NACIONALISMO

### INTERNACIONALISMO Y PERSONALIDAD

---

En nuestro ambiente intelectual, plagado desde hace un siglo con los lugares comunes del liberalismo clásico, las palabras nacionalismo y racismo despiertan la suspicacia de algunos; provocan en otros, el gesto compasivo que se otorga a lo irrisorio y caduco. Sin embargo, cada una de las grandes nacionalidades de la época, mantiene en vigor una política firmemente enraizada en la circunstancia de la desigualdad de los hombres por motivos de color y de raza, no sólo de nación. Discutible la raza como tesis biológica no por eso es menos cierto que, el hecho racial determina en todas las zonas, consecuencias económico sociales importantes y notorias. En Inglaterra y en Alemania lo mismo que en Rusia o Francia, la afinidad sanguínea constituye aglutinante poderoso de la nacionalidad y secreta norma de categorías sociales. Y las minorías, oprimidas o libres, pero en contacto

con los grandes Imperios, lo mismo en Europa que en el Africa o en Asia y llámense indostanesas, sirias o esclavas, todas reaccionan, según instinto defensivo que afirma, antes que otra cosa, la índole del propio contenido. Por todas partes está en obra el proceso de determinación y rivalidad de las subespecies humanas y parece que, dentro de este universal concierto y desconcierto de convivencias y afirmaciones recíprocas, únicamente el latinoamericano, de espaldas a la realidad, sigue intoxicándose de un doctrinarismo que otros nos dieron como lección escrita, nunca como práctica viva. Adormecidos, desde antiguo, con la cocaína la igualdad, estilo siglo diecinueve, ingerimos, ahora la heroína del internacionalismo sin advertir que los grandes imperios, la exportan pero no la consumen. Por razones de salud nos urge, entonces, examinar el sentido y la función que en el mundo contemporáneo desempeñan las realidades de nación y de raza, no obstante los teóricos que ven en ellas, abstracciones y fantasmas.

Frente a la realidad racial, el internacionalismo, nos resulta hoy, una importación peligrosa para la defensa de nuestro patrimonio humano. Internacionalistas fuimos nosotros mucho antes que las internacionales de la economía política, lo fuimos a la manera española, que atenúa y resuelve en fraternidad y no con exclusiones y valladares, el problema de la convivencia de las castas. El nuevo internacionalismo económico político, resulta, en cambio, incapaz de conmover la sólida jerarquiza-

ción racial de las naciones que dan norma a nuestra época. Y estamos más lejos que hace un siglo, de aquella generosa práctica que la cultura española prodigaba en el mundo: la nivelación espiritual de las razas por obra del bautismo. Estamos también muy lejos del igualitarismo liberal, vuelto irrisorio por la injusticia económica, y así cada internacionalismo fracasa por el momento y es reemplazado con el racismo embozado o franco. El intelectual y el aristócrata de Iberoamérica, saben bien que, apenas pisan Europa, penetran a la categoría del meteco. Y cada trabajador de la Argentina, o de México, que ofrece su esfuerzo en los talleres de Yanquilandia descubre, en seguida, que, la índole de su sangre le veda los trabajos de la primera categoría.

Suelen sonreír de las distinciones raciales de Norteamérica, los criollos blanquísimos de nuestro continente, imaginando que no les alcanza el cartón que se aplica a los indios, la regla que afecta al chino y al negro. Si la ocasión apura descubrirán sin demora que, la tez clara les otorga un rango que dura lo que sus pesos. En el instante en que busquen trabajo hallarán que el racismo coloca al español, así descienda del Cid, en una categoría inmediata al bereber. Pues no se trata precisamente de sangre azul, sino de patente nórdica. Y tampoco basta la simulación frecuente de hacer como que se olvida el castellano por dominio del inglés. Buen inglés hablan el judío y el negro y siempre es la marca sanguínea, la que determina y sitúa a cada



quién dentro del conglomerado que no es crisol de pueblos sino agregado de clanes. En la realidad patética de la hora, el internacionalismo es camouflage de la expansión de los fuertes, y para los débiles, un mimetismo que agrava la sumisión y paraliza las esperanzas de la autonomía. La prueba de que el descastado obedece a un sentimiento servil y no a una determinación de su gana, la descubrimos al verlo nostálgico de la bruma británica o enamorado de la armonía mediterránea francesa, pero nunca, ni por accidente, se inclina a sentirse chino. ¡A pesar de que estéticamente valen más los artífices de las porcelanas del Ming que los fabricantes de la loza de Sevres! Nuestro snobismo atina en dirección de los fuertes, así no encarnen, precisamente, la más alta y dichosa cultura, porque esconde el anhelo servil de rehusar la realidad étnica que nos constituye. Una timidez y mimetismo de especie inferior, lleva a nuestros europeizantes y sajonzantes a concebirse bovarísticamente distintos de lo que son. Pero semejante posición falsa, ineficaz, precipita más bien la ruina, y no la previene. Pues la primera condición de lo que perdura es afirmarse en lo que es. Y si se ha de ganar la existencia es menester definirla primero y acrecerla, configurarla en seguida.

Para definir, hemos de examinar ciertos postulados que son como el material de que se construye la personalidad de nuestra época. Meditamos en el hecho de la herencia. En los Estados Unidos aun los hijos del extranjero reverencian el recuer-

do de los labradores que iniciaron la nacionalidad. Y todo el que puede se ufana de conservar una gota de sangre de los Pilgrim Fathers. Entre nosotros, la propaganda desleal de todo un siglo, nos afirma el prejuicio antiespañol y la gloria del coloniaje se difama con las palabras: explotación y oscurantismo. Nos enseñaron la lección los rivales del viejo Imperio hispánico y nosotros la repetimos sin sospechar que no sólo tuvo encomiendas Cortés sino que también fué negrero, el mismísimo Wáshington, libertador de su casta, no de la estraña. Es decir, menos libertador que Bolívar y que Morelos y que San Martín. No sospecha nuestra timidez que es más ilustre linaje, si de blasón se trata, el que recoge las proezas de Ponce de León y de Balboa, de Antonio Mendoza el estadista y de Quiroga el educador que todas las hazañas comerciales democráticas de nuestros vecinos, tan humanos como nosotros. Por ponernos encima de los prejuicios, a la altura de la humanidad más ilustre, renunciamos desde la emancipación nuestro abolengo. Pero, ahora, las generaciones desarraigadas, desprovistas de herencia se acogen a la bastardía. Y las vemos, rotulando el producto nacional con el marbete extranjero o poniendo en la prosa las asperezas de quien por sentirse íntimamente un sajonzante ya no le basta el humilde castellano nativo. Así también la dama que se oxigena creyendo incorporarse a los dominadores. Sería menester recordarle que era morena y casi negroide la raza formidable que construyó las Pirá-



mides, decoró los hipogeos del Nilo, y que Julio César, en sus razzias, de la selva germánica solía capturar bellezas rubias para el servicio de las matronas que, en Roma, sostenían la primacía de pelo negro en la casta patricia. Con criterio derrotista se han escrito libros en que el agente del imperialismo, dando la espalda a la raza aborígen, niega un racismo real a fin de simular en seguida concomitancias lejanas con el nórdico, dominador de continentes. Por su parte los teóricos de la extrema izquierda, se empeñan en no ver que el internacionalismo facilita el avance imperialista y no alivia la angustia de los oprimidos. Ni la misma Rusia de las internacionales permite que los hindúes, maltratados por el Inglés, se establezcan en las praderas del Volga. Las tierras libres que allí hay las reserva un nacionalismo que es, en el fondo, racismo para los hijos y los nietos de los eslavos. Tal es, por doquiera, la realidad. No la censuramos ni la encomiamos, nos concretamos a mostrarla.

Dentro de nuestro territorio también, el factor racial opera y se impone. Así se intoxiquen de palabras los teorizantes, por mucho que en nuestro léxico reemplacemos el hombre real con el ente político, sujeto del derecho abstracto, dentro de nuestra economía se prolonga el desplazamiento étnico que nos va dejando limitados a vivir del presupuesto del Estado. Cualquiera que hojee un manual de metalurgia descubrirá que históricamente la explotación del metal en nuestro continente se divide en dos grandes períodos, el de los

españoles y el de los norteamericanos. En el primero, nuestros antepasados peninsulares o criollos aportaban el capital, el espíritu de empresa y también la más avanzada técnica.

Invento mexicano fué el laboreo por el sistema de patio a lo Bartolomé de Medina. De nosotros lo copiaron después los ingleses y por Colombia y más al sur llegaban, en la primera época, los trabajadores mestizos mexicanos, técnicos de primera en el laboreo de los metales, en tanto que los dueños se llamaban Martínez y Borda y Alvarado. Y era la Escuela de Minería de la capital de México el más alto instituto de la época. La raza mejicana hoy despreciada culturalmente era entonces la primera en la técnica. También por su Opera y sus bibliotecas, por su cultura moderna muy superior al rudo puritanismo de las trece colonias de la América inglesa. En la actualidad las minas del continente son de los Guggenheim y nuestros ingenieros tienen que traducir del inglés, la última receta metalúrgica; otra raza y otro idioma, otra técnica nos ha reemplazado, lo mismo en Anahuac que en la meseta argentina. Nueva gente de presa, orgullosa como lo fuimos nosotros, y que no discute su raza, la impone. El ideólogo de nuestras latitudes se proclama internacional sin advertir la sonrisa piadosa a ratos, sarcástica a menudo de quien posee raza y la vive. Organizados en poderosas agrupaciones de beneficencia y de propósito político, reconocen los extranjeros avecindados entre nosotros, la verdad elemental y biológica que man-



tiene a los hombres divididos en castas, usos y lenguas.

No existe la raza, suele gritar el paria obligado a servir a jornal, hoy a ingleses, mañana a franceses.

Pero los franceses, los ingleses, los alemanes, los dominadores practican la casta, dentro de su territorio y en el seno de las naciones que habitan. Me diréis que los congrega la nacionalidad. Pero ¿qué nacionalidad tienen los judíos? Y son sin embargo, el más firmemente unido de todos los clanes. La virtud del simple nacionalismo político resplandecerá cuando veamos a los ingleses sentándose a la mesa con los hindúes, sus connacionales en el Imperio; el día en que los yankees ocupen el mismo compartimento ferroviario que los negros sus compatriotas. La advertencia que yo formulo no busca establecer, también entre nosotros, distinciones mezquinas, pero sí demostrar hasta qué punto vivimos engañados. Y cómo nos conciben imbéciles, los que nos oyen afirmar que es completamente distinto un argentino de un mejicano, un peruano de un antillano. Todos los libros inspirados en el prejuicio de la irrevocable unidad del nórdico contienen supuestos que nosotros repetimos, con inconsciencia de loro y servilismo de descastados, acerca de la irremediable disgregación latina. Nada importa que dos minutos de trato demuestren la profunda afinidad del mexicano de Chihuahua y el gaucho de Patagonia. Lo que nos preocupa es no contradecir el divisionismo sutil del extranjero,

capaz de hallarnos muy franceses con tal de no reconocer el nexo común español. Estamos, así, dentro de la conspiración que calla el triunfo magnífico de España que en solo trescientos años dió la misma sangre, lengua y cultura a quinientas naciones indígenas y a dos continentes. Mientras que la pobre Europa a los dos mil años de brega está todavía dividida en italianos y holandeses, galos y teutones. No se quiere ver que, en rigor, constituimos la más homogénea de todas las razas que ocupan una vasta extensión del planeta; más uniforme que los chinos, cuya unidad no rompe el hecho de que se dividen en sublenguas. Componemos una estirpe más homogénea que la norteamericana unida por el idioma, pero separada según la etnografía. En cambio, la fuerza que se esconde en la homogeneidad del hispanismo continental, así nos pase inadvertida a nosotros, suscita el recelo de nuestros rivales, cada vez que se consideran amenazados y aun cuando se vean conducidos a extremos ridículos, como el de aquella circular, del Intelligence Department, que durante la guerra europea, definía las doctrinas catalogadas como desleales, antipatrióticas y punibles en los Estados Unidos del Norte, la tesis de la Unión de los pueblos hispánicos de América, porque esta vaga hipótesis, decía, es una invención de los alemanes, para producir confusión en el Nuevo Mundo...

A la zaga siempre de Europa, niegan todavía la realidad iberoamericana, muchos que se creen avi-



sados porque repiten los juicios de hace veinte años. Pero lo cierto es que hoy los mismos extranjeros que antes nos negaban, reconocen el hecho de nuestra unidad esencial, si no política. Y hoy se habla en Francia de Latinoamérica en globo, cada vez que se tratan cuestiones de Colombia o de la Argentina. Y mientras nosotros todavía nos preocupamos de superficiales divergencias, las Universidades de Norteamérica publican dos o tres textos al año de Historia de la América Española. Y basta hojearlas para descubrir las corrientes comunes, la identidad esencial de las regiones. Y mientras nuestros historiadores se circunscriben a lo nacional, los simples estudiantes de los Colegios de Estados Unidos, obtienen en su clase de historia una visión del conjunto hispanoamericano. Y casi no hay gran diario estadounidense que no dedique página semanal al panorama indiviso de una América que nuestra miopía subdivide, aún más de lo que indican los mapas. Pues hay en la Argentina quien no ve más allá de Buenos Aires y vive divorciado del interior y hay en México quien se encierra en la capital y cree que el norte es otro Texas y Chiapas una región de tipo africano. Ni el concepto de nación tenemos firme, sin duda porque nos falta la convicción de la sangre. Y vivimos en la ignorancia del secreto fluir de la idiosincrasia colectiva, sordos al llamado étnico, hasta el buen día en que la realidad, rigurosamente a puntapiés, nos despierta a la evidencia de que

a fuerza de negarnos hemos llegado a constituir una subraza.

No hay raza, pensamos hasta el día en que el cruce de la frontera estadounidense, nos revela que nos hallamos ya clasificados y aun antes de que se nos dé ocasión de definirnos. Y será totalmente vano recordar en ese instante los abolengos vagos y las opiniones literarias que quisieran situarnos en el Mediterráneo o en Escocia. La tabla ha sido hecha sin consultarnos y en ella el mexicano aparece particularizado, separado del resto de Sudamérica, pero no por honor ni deshonor, sino porque conviene otorgar autoridad oficial al distinguido mexicano, centro americano sudamericano. En esto no interviene el frenólogo, que tendría que declaramos afines, sino el político que se empeña en mantenernos distantes. En cambio el trato nos iguala. En el instante de determinar la categoría, desaparece la distinción y caemos todos a un mismo nivel, los mexicanos, los portorriqueños, los cubanos, los argentinos y los peruanos. Y sucede que el pobre y despistado iberoamericano que en su tierra creía que estaba abolida la raza y que los hombres son todos iguales, descubre a poco de moverse en el medio de Norteamérica, que es una rígida jerarquización no escrita, la que determina el lugar de cada quién en sociedad y también el salario. Y si ahonda un poco comprueba que las más altas posiciones del país, el manejo de los asuntos esenciales, la influencia sobre la nacionalidad, todo está en manos de la aristocracia de los pur



sangs de Nueva Inglaterra. A ella se suman algunos pur sangs del sur, siempre que demuestren limpio abolengo anglosajón. Y quedan de hecho excluidos de las posiciones dominantes, los franceses de la Luisiana, así sean blanquísimos. Y nada se diga de la pobre sangre española de la Florida que jamás ha contado entre los que dirigen. Del plasma germinativo sajónico incontaminado, salen los presidentes de la República y los Presidentes de la Industria y la Banca; los generales y los Almirantes; los financieros y los Magistrados.

Es claro que en el vasto dinamismo de la colectividad se producen infiltraciones. Hay banqueros judíos y jueces de origen irlandés y profesores de estirpe alemana. Pero en lo esencial subsiste el dominio racial del anglosajón. Toda clase de estirpes recién inmigradas se juntan en la plana de empleados de un Banco del Middle West; pero estad seguros de que la joven pálida y rubia, ni fea ni bonita, meticulosa y afable que atiende al público en la ventanilla de la salida de los fondos, en el sitio, de responsabilidad, es una descendiente de los puritanos de Nueva Inglaterra, que emigran, pero a fin de dominar, no como tantos otros, únicamente para sobrevivir. En plena prosperidad, cuando los Estados Unidos absorbían multitudes de todas las razas, regían en los centros de trabajo una escala de salarios equivalente a las clasificaciones raciales del Departamento de Inmigración. Jornales de primera para los afines noruegos o alemanes y en seguida y en planos subalternos y por orden decre-

ciente: irlandeses, polacos, italianos, negros con ciudadanía norteamericana o inglesa, chinos y al extremo de la escaña los sudamericanos y los mexicanos.

Como es natural, una cohesión jerárquica de tan vasta masa humana no se mantiene sin sobresaltos. A veces, la raza depreciada se insurge. Los irlandeses que en el viejo Tammany disputaban puestos subalternos en el servicio de policía, se mantuvieron unidos y crecieron. No negaron su raza, la exaltaron. De Irlanda hicieron venir poetas y políticos. Y no escogieron a los que simulaban ser ingleses, payasos literarios y gréculos a lo Bernard Shaw, sino aquellos en quienes el sentimiento nacional desembocaba en la rebelión. Permeados de fuerte patriotismo étnico se aliaron al patriotismo yankee, se propagaron por toda la Unión, sin desligarse y un día los norteamericanos ciento por ciento se hallaron con la sorpresa de la candidatura presidencial de Alfred Smith. Ante ella se produjo en todo el país una reacción de alarma. Entró en juego el Ku-Klux-Klan, la secreta organización racista; se confabularon las grandes empresas; se irritaron los predicadores en las Iglesias del protestantismo; amenazaron las sociedades patrióticas. No era posible que el descendiente de irlandeses pobres, el católico Smith asumiera la dirección del sajonismo. No podía un extraño celebrar las misas del culto del White Man de que es Bautista Kigling, no en vano forjado en el fuego del racismo de América y de Oriente. Y



fué derrotado Smith, pero no sin poner de manifiesto el poderío creciente de las nuevas castas que, lentamente, se configuran y van compartiendo el mando. Y sólo porque tienen el valor de confesarse a sí mismos y de afirmarse en lo que son, van logrando los irlandeses y los italianos, los judíos y los negros constituir factores de la vida nacional y no ya, únicamente multitudes confusas, anticipadas a la obediencia por el camino de la simulación. Y también, de esta suerte, la lucha equilibrándose se apacigua. El Ku-Klux-Klan no se ocupa ya de los irlandeses y se limita a vigilar a los judíos. En cambio, denuncia, destruye a los orientales. Recuérdese la historia del millonario japonés o chino de la zona californiana, el Rey de la Papa. Fué de pronto amenazado, en seguida bandadas secretas nocturnas le asaltaban sus propiedades, se multiplicaron en torno a su comercio, dificultades sin número y por fin, tuvo que huir dejando casi todos sus bienes en manos del enemigo racial. Los guías de California muestran hoy al turista la mansión estilo japonés con jardines sobre el Océano que, convertida en Museo recuerda la victoria del blanco en un episodio de la lucha desleal que se desarrolla para asegurar el predominio del inglés, no del blanco en español o en francés. La población amarilla ha sido ahuyentada del Pacífico con pretexto del creciente poderío nipón, pero no se salvan ni los que simulan haberse adaptado. Casi un siglo lleva la población mexicana de California y de Arizona y de Texas, empeñada en

hablar mal el español y bien el norteamericano; convencida de que es sabroso el "ice cream soda" y de que hay belleza en las películas de Hollywood. Sin embargo, en los últimos años y con pretexto de la crisis económica, poblaciones mexicanas enteras han tenido que escapar hacia México. Sin indemnización se les ha expulsado y sin que se conmueva la sensibilidad de la Sociedad de las Naciones tan exquisita cuando la mueven los intereses anglosajones, en la Manchuria o en el Chaco; sin que la gran prensa del mundo circule siquiera la noticia.

Decidnos entonces, señores teorizantes, que no existe en América el problema de raza; decidlo a los mexicanos expulsados después de que se habían hecho patrimonio en territorios como Texas y California que otrora fueron suyos y donde un tratado les garantiza asilo. Predicadlo a los trabajadores de Sudamérica que para encontrar ocupación decorosa en Estados Unidos tendrían que, afiliarse a Uniones que, **no los admiten**, porque a pesar de su ideología socializante, no reservan sitio en sus cuadros, ni para negros ni para negroides o mejicanos y sudamericanos.

Tal es la realidad como existe. Yo ni acuso ni juzgo, ni me mueve otro interés que el de ilustrar la opinión de las gentes de mi estirpe en el continente hispánico. Reconozco que, con toda su dureza, el régimen de castas, de Nortemérica, encuadrado dentro de una democracia relativamente sincera, en los comienzos, dió a cien millones de



hombres una de las épocas más prósperas, más felices que registra la historia. El tipo del puritano me inspira admiración, no desdén. Lo que no suelo pasar es el hijo de católicos metido a puritano y embobado con la prédica de los Welesley y los Eddy, como si no contasen buenos santos en su estirpe y creadores formidables como los misioneros españoles: Motolinía y Gante, Serra y Quiroga. Por fortuna la propia biología social determina soluciones contrarias al poderío de una sola estirpe. Los inferiores, peor si se les mantiene separados, por incultura se multiplican más que los selectos y acaban por rebasarlos. Sigo creyendo en la superioridad del método de fusión y asimilación de las castas que entre nosotros practicó el imperialismo español, pero lo cierto es que ambos métodos, el español asimilativo y el anglosajón jerárquico, parecen fracasados, ante la terrible realidad de la hora presente. Sin embargo, en nuestra decadencia, que fué anterior, intervienen factores independientes del proceso étnico. La Nueva España surtía de plata y oro al mundo. Los pesos que todavía circulan en China fueron acuñados en nuestras prensas, extraídos de nuestras minas. Nuevos descubrimientos nos quitaron el monopolio. Surgió en Inglaterra el maquinismo. Un nuevo tipo de cultura se impuso, en que, era asunto capital el combustible. El México del altiplano es el país más pobre del mundo en combustible. Los trece Estados primitivos del norte resultaron prodigiosamente ricos en hulla. Un proceso económico ageno

a la voluntad del estadista, nos colocó pues, de pronto, en situación inferior. Nadie discutía la capacidad del mestizo mexicano cuando ayudaba a crear escuelas en las misiones de California. Cuando el oro y la técnica de Nueva España levantaban fortalezas en Puerto Rico. ¡Después, al que empobrece se le niega incluso el talento!

Pero lo triste es no saber uno mismo por qué ha perdido. Lo terrible es la decadencia moral a que nos ha llevado la derrota. Y entre todos los males, el de la falta de fe en nosotros mismos, es sin duda el más grave, porque nos priva de la fuerza de resistencia y en cierto modo nos cierra, nos roba el porvenir. De allí mi insistencia en el problema de la raza, nuestra raza, que es como si dijéramos la esencia misma del material con que podremos construirnos un futuro.

Por esa razón y después de revisar como lo hemos hecho el panorama de la casta en Norteamérica, denuncié las proyecciones de ese programa en la economía y la moral de nuestro continente.

Desde que nos emancipamos de España, osados y estadistas que esconden el plan racial, bajo la prédica de la igualdad nacional y política, acechan nuestro desarrollo, atisban nuestras debilidades y aprovechan nuestras discordias. Desde el principio, hubo un Poinsett, que aliándose a los liberales y tomándolos de ciego instrumento, deshizo en México, el poder de Alamán, el único estadista que la raza ha dado en un siglo, el que pudo colaborar con Río Branco, el más grande de los estadistas de



América, el que pretendió consumir el pensamiento de Monteagudo, el argentino, y de Bolívar el fundador. Intentó Alamán en el congreso de Tacubaya salvar siquiera, el programa mínimo del hispanoamericanismo, mediante la creación del zollverein o Liga aduanera hispanoamericana. Intervino Adams el Ministro norteamericano y uno de los definidores de la doctrina Monroe, pidiendo que se agregase los Estados Unidos a la Liga. Repuso Alamán, con sentido racial, que se trataba de una liga de las naciones hispánicas. Opuso Adams la tesis de la unión de las naciones libres y republicanas de América, sin atención a la antigualla que es la raza. Los descastados de México aplaudieron el pensamiento de Adams. Resistió Alamán hasta que una rebelión incitada por el embajador yankee Poinsetts lo echó del poder. Y pocos años después Alamán buscaba refugio en el extranjero y todavía en su patria sigue siendo casi un maldito. Adams tiene estatua en no sé qué ciudad de Sudamérica, pero Alamán ignorado, no ha recibido ni siquiera los honores de víctima, la primera y más grande del Panamericanismo.

Los Poinsetts se multiplican de tal suerte en nuestro continente que no hay casi actividad donde nos les descubramos la huella, y raro es el pensador hispanoamericano del siglo diecinueve, que no haya padecido su contagio. Revisad nuestros libros escolares, nuestra literatura política y allí encontraréis la consabida lección de la democracia que iguala a las razas. Nunca se nos dice que, en

Norteamérica las jerarquiza, las desiguala. Intoxicados con la ideología para la exportación de los Adams y los Canning, los hombres del cuarenta, celosos de emanciparnos de España, nos ataron al comercio inglés, en el sur del continente y otros como el célebre Juárez de México, repartieron concesiones de tierras entre los norteamericanos, los invitaron a posesionarse del Istmo de Tehuantepec. Ya no hay razas, clamaban nuestros inditos juaristas y que vengan los yankees, que “ojalá nos hubieran conquistado ingleses, en vez de conquistarnos españoles”. Semejante criterio inicia el drama, que ha costado a un continente la soberanía moral y el patrimonio. Y obedece a influencia sajonizante la lucha todavía vigente en algunos países ibéricos entre conservadores y liberales, desfavorable para el católico nativo y ventajosa para el protestante de Norteamérica. Con el objeto de aprovechar todas las consecuencias del cisma, la hidra imperialista desarrolla cabezas, prolonga tentáculos. Hay dos cuyos estragos descubre cualquiera en ciertas regiones: el mito de la prosperidad entre los criollos y la seudocruzada de la liberación entre los indios. El Rotary Club y la Misión Metodista son sus órganos. Se dirige el Rotary al burgués criollo, y le dice, por ejemplo en México: “tu adelanto está estancado porque tienes el lastre de los siete millones de mestizos y de indígenas, sin embargo, eres nuestro igual, porque eres español; alíate pues con la poderosa civilización del norte, que es fuerza organizada en be-



neficio de los blancos y lentamente, a pesar del indio, dominaremos la América. Todo esto, lo dice el propagandista en castellano más o menos viable y con zetas, de profesores de la Residencia de Madrid, naturalizados en Yanquilandia y el descastado responde en inglés de Texas; responde brindando con agua helada, renegando del vino después de rendir tributo al cocktail. Y se propagan los libros y discursos en dialecto bilingüe que afirman: La América española es un mosaico de razas: el argentino, por europeo, está llamado a prevalecer en el sur sobre los negroides del Brasil y sobre las castas decaídas de Bolivia y de Chile. Y que al brasilero le dicen: eres portugués y no te pareces a esos españoles degenerados que son tus vecinos. Y el "contaminado" chileno imagina: raza híbrida la argentina: casi todos europeos desarraigados, cuatro millones sobre el Atlántico, divorciados del interior criollo y aun mestizo; somos nosotros por nuestra raza homogénea, los émulos, los socios naturales del yankee, cuando llegue el reparto. Y el mexicano tejanizado piensa: Razas de aluvión las del sur, sin cohesión y sin personalidad, se creen unos franceses, otros ingleses y son semieuropeos sin conexión con lo indígena, sin las oportunidades de progreso que a nosotros nos da la vecindad del Coloso. Y ¿qué importa que mis hijos hablen inglés y no español, si los libro de caer en la miseria del indio? Y así sucesivamente, unos por vanidad, otros por conveniencia van repitiendo la lección cuyos frutos se hacen patentes cada

cinco años en los Congresos del Panamericanismo, igual, en Chile, que en la Habana: política vergonzante sometida a la hegemonía del anglosajón.

Pero a tiempo que nosotros en nuestro obsequioso pansajonismo, descuidamos y aun negamos a las poblaciones indígenas de nuestro interior; a la vez que soñamos con una hegemonía de criollos de México o de europeos en la Argentina, sobre toda la población atrasada del continente, por el interior de nuestras patrias, circula, el otro agente de disolución y de engaño que, acabo de simbolizar en el metodismo, aunque asuma diversas y complicadas manifestaciones. Se ejercita esta propaganda sobre el indio de las mesetas, el negro de nuestras costas y el mestizo insatisfecho. Por la boca de los pastores o por intermedio de la literatura protestantizante, se dice en particular al indio, sacude ya tus cadenas; revive tus dioses. Los españoles te conquistaron y los criollos sus herederos, te mantienen en sumisión. Limpia tu sangre de la huella española, toma la religión de los fuertes, incorpórate mediante la Biblia y sus exégetas nórdicos a una civilización progresista e igualitaria, únicamente ella puede redimirte de la condición oprobiosa del paria. Se olvidan de añadir que si ese mismo indio se traslada a Chicago o a Pittsburg no lo pondrán a manejar la máquina, sino a recoger los desperdicios de la habitación y del taller. Lo mantendrán paria, pero sin el consuelo de sus montañas y de los hábitos pintorescos que sobreviven a la supuesta tiranía del criollo. El noventa



por ciento de la prédica doctrinaria sobre las reivindicaciones del indio como tal, en el Perú y en México, reconoce orígenes protestantoides, aunque la suscriban firmas de innegable linaje hispánico. Y la fábula del indio que rinde culto a sus viejos manes bajo la capa del rito católico es también invención ridícula que ofende al indio y no debiera halagar al criollo. Pues no fué superficial, sino honda, la tarea de los misioneros de la Colonia y no es arbitraria, sino sólida, la confraternidad, la familiaridad que liga entre nosotros al indio con el mestizo y el blanco. Mucho más íntima, desde luego, que la no fraternidad y abismo que en norteamérica separa al metodista blanco del metodista negro. Ni para rezar se juntan, en el mismo templo, anglosajones y negros y sin embargo, nos vienen con que el español y el criollo no han sabido tratar al indio. Y en cuanto a la reivindicación agraria, yo pregunto ¿cuántas tierras han repartido al indio los trust capitalistas y protestantes que hoy poseen medio estado de Chihuahua en México y un tercio de Sonora? ¿Cuánto han dado al indio en la sierra del Perú o en el norte de Chile? La misma idea de exclusión y separación de los hombres por el color de la piel, idea inhumana y hasta hace poco, entre nosotros extraña, quién la propaga y quién la practica, sino es el credo que se apoya en los de los dos tentáculos imperialistas: el Club que afilia a los blancos adinerados y el Metodismo que recluta indios sin letras? En rigor lo que se busca es dispersar los elementos de nuestras pobres nacio-

nalidades en descrédito y, en su caso, desviar las reivindicaciones contra los nuevos amos para dirigirlas contra el heredero de los supuestos abusos de hace un siglo.

Así está planteado el problema y así actúa dentro de nuestros territorios un enemigo que acapara las agencias de información y los transportes, los intereses y las ideas. Dispone aún de cierto género de intelectualismo desleal que niega o evita ahondar en el caso. Y todavía ayer, en México, el Embajador Morrow, socio de Wall Street y más eficaz Poinsett que el de hace un siglo, contrata la cooperación de metodistas y rotarianos, de moralistas como Lippman y de filósofos como Dewey, de héroes como Lindberg, para consumir la entrega de nuestros indios a la custodia de los protestantes y el petróleo, la tierra y la Universidad a la dirección de un panamericanismo que, por fortuna se desintegra, en la actualidad, por obra de su propia corrupción.

Y cuando se contempla, el renovado sainete, es natural que nos preguntemos: ¿hasta cuándo estas naciones de la América no inglesa dejarán de ir de la mano ajena? ¿Hasta cuándo celebrarán conferencia propia los pueblos que se reconocen la estirpe y el destino común dentro de una soberanía intocable?

¿Pero dónde está, preguntaréis, la idea capaz de congrega a estas naciones superficiales y vanidosas, susceptibles y débiles? ¿En qué plasma encon-



trar el impulso necesario para levantar del polvo a las razas y construirles un destino?

Mientras no nos hallemos, no nos forjemos la personalidad que es sujeto primordial del derecho, no existirá nuestro derecho, no sobrepasaremos la factoría, no mejoraremos sino que irá empeorando cada vez más la desventura. Sin embargo y por fortuna, a falta de nosotros está en obra la naturaleza que renueva, diferencia y levanta las especies por el método de la invención y la originalidad. Para que un pueblo advenga a la autonomía se hace necesario, no sólo que constituya morada, en una extensión particular del globo sino que revele caracteres especiales y función singular que cumplir. ¿Dónde están los rasgos y las capacidades que nos darían derecho a la soberanía espiritual, única base legítima de la soberanía económica?

Es un lugar común afirmar que somos perezosos y amorales, pero también es evidente que el hombre, sin excepción de raza, se torna indeciso y apático cuando las oportunidades de trabajo escasean o cuando el trabajo mismo por su condición servil, no ofrece otra expectativa que la prolongada perduración en la mediocridad. Si se trata de ganar cierta abundancia, el más perezoso se vuelve alerta, pero ¿quién puede acusar a un proletariado que mal trabaja porque mal cobra? ¿a una clase media que emigra, porque su patria no le ofrece otra expectativa que la disputada y manoseada del empleo público? En la prueba del trabajo, he visto revelarse a los nuestros, sin excluir a los indios, tan

tenaces como el europeo en las competencias del trabajo en norteamérica. Médula firme y creadora no nos ha faltado en el pasado, según puede verse en las catedrales de México, en las fortalezas del Cuzco. Las minas y los ferrocarriles del continente, acreditan el esfuerzo de los contemporáneos. No creo que en justicia se nos pueda tachar de inferioridad en la tarea práctica. En lo espiritual, nos distingue del europeo y del norteamericano cierto género de sensibilidad, cierta manera de ingenio cuyo valor no es posible determinar porque lo medimos en el molde extraño y con la medida extranjera. Poseemos desde hace tiempo una idiosincrasia, pero la hemos estado aplicando a los mismos menesteres del europeo sólo que en condiciones desventajosas. Por ejemplo, un físico en la Argentina o en México, difícilmente logrará igualar su tarea con la del colega de Europa, porque carece de los laboratorios, las bibliotecas, el instrumental perfeccionado de aquellas naciones. En menor grado ocurrirá algo semejante con el sociólogo. Pero si a la capacidad singular aplicamos tarea especializada, si nos dedicamos a las actividades de la cultura en que son más notorias las fallas del europeo, acaso el resultado de nuestro esfuerzo cambie del todo y se traduzca en beneficio común. Examinemos, por ejemplo, el caso de la crítica del arte. Quien se proponga enterarse por los libros de lo que es la pintura, dispone de un sin número de escritos de alemanes, franceses, italianos, ingleses. Acaso el país que menos pinta es el que más libros



de pintura escribe. Pero en cada disertación, de estos ciudadanos de las grandes nacionalidades, hallará el lector, junto con la luz, la sombra del prejuicio nacionalista. El francés no desiste de convencernos de que hay en su patria genio pictórico y no sólo científico. Los ingleses nos obligan a dedicar a Gainborough atención que mejor empleada quedaría en mayor intimidad con los primitivos italianos. Y los mismos italianos explayarán la exposición de sus barrocos, con mengua del espacio dedicado a la gran pintura española. Resulta entonces obvio que la crítica del arte está esperando al iberoamericano genial que ha de ir a los Museos de Europa, ya no como tantos fuimos, a recibir la lección del Baedeker manual o del Baedeker universitario, sino a juzgar con el propio gusto despejado. Para determinar, por encima de los nacionalismos italiano, francés, inglés, cual es la categoría de cada obra y cuáles los criterios que determinan el valor de la pintura y del arte. Toda una serie de conclusiones seguramente revolucionarias se formularán en el arte cuando los nuestros se decidan a expresar la emoción que les produce la obra artística, sin atender a los clisés que nos importa el europeo. ¡Cuántos errores se habrían evitado en la arquitectura de nuestro continente con solo que esa libertad de juicio se ejercitase sincera! Por ejemplo, los horrores que ha solido engendrar la imitación del gótico. El gótico mismo, tan incompatible con nuestra sensibilidad, sin embargo, ocasiona arrobos literarios en ciertos

conterráneos nuestros. La nave con nervaduras y el pináculo les dan, según afirman, la emoción mística excelsa. Sin embargo, no me parece excusable tal género de desviación hacia la barbarie ni por parte del indio, menos del español. En el mismo monumento maya hay más armonía lograda que en ese esqueleto sin carne, que es la armadura gótica, navío desgarrado por el naufragio. Y hace ya cuatro siglos que de California al Paraguay se propagó una arquitectura a base de bóveda redonda y de torres cuadradas y serenas, cuya macizez concierta con el panorama de las montañas, con el temblor del claro ambiente. Un arte barroco en la composición, plateresco en sus mejores ejemplares y que en ciertos casos alcanza el esplendor bizantino gracias al acierto de las curvas, el plan y los vanos. Educada así nuestra sensibilidad es natural que el primitivismo gótico le resulte molesto, no placentero. Por mi parte no concibo arte religioso pleno, sin esos retablos, casi chinos, de nuestras iglesias — iba a decir pagodas — del arte colonial indoespañol. Y me distraen los libros en que alemanes, franceses, ingleses y sus secuaces, desarrollan la apología del gótico, pero sonrío mi bizantinismo frente al mito de la herencia o trabazón. Greco, Romana, gótica, Atenas, Roma, París. Como si no fuese Bizancio donde alcanzó perfección la arquitectura. Muchos en América, compartirán este juicio si logran sobreponerse al complejo de inferioridad que nos lleva a consultar al europeo, antes de opinar nosotros. Precisa ya que, dándole la espalda



al erudito fomentemos la técnica del parto de las almas: conquista de la espontaneidad. Por el camino del gusto artístico se producen nacimientos tales. Así que entre en acción el nuevo ser, le descubriremos un rasgo que el europeo aislado dentro de su nacionalismo ha perdido y que constituye especialidad esencial: Llamémoslo especialismo de la generalidad. A título de artífices de una nueva y más vasta síntesis, tendremos que constituirnos en especialistas de las ideas generales; es decir filósofos. Caracterización que, desde luego, protege a nuestro nacionalismo y lo diferencia del nacionalismo que es instrumento de exclusiones raciales y de imperialismo político económico. También se diferenciará nuestro nacionalismo del localismo que hoy padece España subdividida en catalanes, gallegos, vascos. Cuando el nacionalismo sirve para disgregar y ya no para expandir debemos liquidarlo. Si el nacionalismo ha de ahondar las diferencias que separan al argentino del chileno, al mexicano del colombiano, reneguemos desde ahora de semejante tipo nacionalista.

Argentinismo cerrado y mexicanismo estrecho son recursos del imperialismo que nos acecha. Adoptarlos sería traicionarnos; al contrario, un nacionalismo racial continental, nos convierte en los herederos del ideal ecuménico español, que sólo entre nosotros podrá cumplirse. La actual generación de los iberoamericanos está acostumbrada a la prédica del patriotismo racial continental y la

suscribe en su mayoría, pero no ha empezado a exigirle resultados.

La tesis adversa sigue emboscada. Para desenmascararla digamos que, es anatema, porque envuelve traición, declarar heterogéneos e ineptos para la acción común a los pueblos de origen hispánico de América. Afirmemos que es desleal distanciar el patriotismo colombiano, el patriotismo venezolano, el patriotismo argentino o el patriotismo mexicano. Erijamos en dogma la unidad racial de los hispanos; a veces el dogma engendra la verdad todavía latente. Cuidemos de que al crecer así nuestro patriotismo, se enriquezca también con la colaboración de las razas que nos han ayudado a civilizar el continente. El no estar cerrado sino abierto distingue a nuestro nacionalismo y le da derecho a vencer. Si privásemos a nuestro nacionalismo de la amplitud y generosidad que lo distingue de sus rivales, caeríamos en ridículo peor que nuestras imitaciones del ageno: estaríamos levantando la simulación de un imperialismo, que sin armadas ni ejércitos, ni siquiera se justifica por la moral grandeza. Detrás de tanto fracaso imperial, únicamente será legítimo un nacionalismo tan generoso y vivo que para los extraños sea, liberación, para nosotros un crecimiento.

Por la imitación nos vemos conducidos a la irremediable servidumbre, por la invención, acaso conquistemos sobre el ambiente nuevo, la victoria de una etapa ilustre en la historia del hombre.

## LA REVOLUCIÓN Y SUS ERRORES

### LA REACCIÓN Y SUS RIESGOS

---

Cuando Lloyd George el estadista inglés regresaba del frente en los días de la guerra, en su declaración aguardada con avidez por el Imperio en peligro, nunca exclamó: todo está bien, triunfaremos. Al contrario, se diría que, intencionalmente alarmaba la opinión y exageraba el riesgo. Estamos amenazados, aseguraba y en víspera de invasiones que acabarán con nuestro ser nacional y nuestras vidas si no aumentamos la intensidad del esfuerzo, si no alistamos a los hombres y a las mujeres y aun a los inválidos en la tarea del salvamento. Mala política y casi preludio de traición hubieran parecido estas palabras a gentes menos habituadas que los ingleses, a reconocer la fuerza que reside en la verdad. Por encima de las mentiras convencionales: "el valor sin igual de nuestros soldados", "las virtudes heroicas de la raza" una cruel exposición de los hechos bastó pa-



ra conmover la entraña popular. En todos los órdenes, la doctrina más varonil es la que denuncia los vicios de la propia casta, del partido propio, con más vigor que el adversario, a la vez que enseña el medio eficaz de corregirlos. Empezaremos pues el examen de la revolución que hemos vivido en la post guerra, con el ánimo de expurgarle lo adventicio, con la esperanza de salvar lo que aun le reste de aptitud para mejoría y progreso del hombre.

Constituye un rasgo singular de las revoluciones contemporáneas el hecho de que responden a una ideología que incuba en la democracia, pero no se desenvuelve en ella, sino que va a tener repercusión en medios debilitados por regímenes tiránicos prolongados. La Revolución rusa se funda en la ideología marxista, concebida en alemán y afirmada en los medios fabriles de Inglaterra y Francia, pero fracasada en la acción dentro de estos pueblos progenitores. En cambio el sistema marxista se establece con rapidez en el ambiente moral debilitado de la vieja tiranía zarista, pese al precepto que la condiciona a un desarrollo previo del capitalismo, factor inexistente en Rusia.

De una manera semejante, la serie de las revoluciones mexicanas contiene un ideario que es copia y adaptación de la inquietud obrerista norteamericana, aunque a ella se añada la vieja aspiración a la tierra que es común a todos los desheredados. Los coroneles de la revolución mexicana ingirieron una mezcla de socialismo y de anarquis-

mo. Flores Magon el líder premaderista y muchos de los que actuaron después en el maderismo y en el carrancismo, habían sido afiliados de los famosos Industrial Workers of the World. Lo que agregó el programa maderista es la aspiración de implantar la democracia en un México que la tiranía endémica coloca en condiciones de inferioridad frente a su poderoso rival del norte. Pero, lo interesante por el momento, es advertir que, el extremismo de la doctrina de los Industriales Workers y los anarquistas yankees se ahoga dentro de la sólida organización del Estado norteamericano y repercute en forma de revuelta anárquica, en el medio, empobrecido cívicamente, del México de Porfirio Díaz.

Se ve en ambos casos que la democracia resiste los estragos que ella misma engendra y evita que tomen proporciones de catástrofe ya sea asimilando un ideario nuevo, ya sea expulsándolo. En cambio los pueblos tiranizados, fácilmente se desequilibran y toman al pie de la letra o pervierten las doctrinas que engendró y acaso desechó la libertad. Bastante se ha repetido que la ley de ocho horas de trabajo, el reconocimiento del contrato colectivo y la reducción del latifundio son conquistas logradas en Estados Unidos antes que en México, y sin necesidad de revoluciones. Lo mismo puede afirmarse de Rusia en relación con el obrero alemán. En tales términos, resulta legítimo concluir que la democracia posee curaciones y métodos de solución mucho más eficaces que la violencia ya



organizada, ya anárquica de los pueblos que desconocen la libertad.

La otra conclusión que de lo dicho se deriva es que no son los pueblos culturalmente subalternos ni mucho menos los pueblos financiera o políticamente sometidos, los llamados a imprimir desarrollo a la historia económica o las formas de gobierno. En el orden espiritual pudo Florencia superar a los grandes reinos de su tiempo, Inglaterra o Francia. Y en la actualidad el Uruguay rivaliza por su cultura con la Argentina o con México, pero en los modestos menesteres del pan y el orden público, son los imperios de cada época los que fijan la norma. Si mañana se hace comunista Montevideo el fenómeno quedará circunscripto; pero, probablemente abarcaría Montevideo, si la sede comunista se establece en Buenos Aires. Y así sucesivamente, mientras no se imponga un sistema político nuevo en Inglaterra y en los Estados Unidos, el mundo civilizado seguirá rigiéndose por las normas que son viejas, así adopten el colorete de las distintas propagandas políticas. Cualquier progreso auténtico será más fecundo si arraiga en pueblos de sólida estructura social, bien alimentados y a salvo del doble riesgo de la barbarie: el atropello del aventurero político y la opresión de un Estado cuya firmeza contrasta con el desamparo de los ciudadanos. Dado que el marxismo no ha sido ensayado en una nación de primera, por ejemplo en Francia, resulta que a los ojos del observador imparcial el caso de Rusia es un aborto de la doctrina y no su

aplicación. Tal y como el caso de la revolución mexicana no es un progreso que las demás naciones de América deban envidiar, sino una dolorosa consecuencia del desgobierno de los unos y el exceso de gobierno de los otros. Y tanto en esta como en otras comparaciones, conviene por elemental probidad advertir que, no admiten paralelo riguroso y sí únicamente sugerencias comunes la revolución rusa y la revolución mexicana. Pues falta a esta última, por completo, el grupo de jefes discutibles pero no ladrones y el programa preciso que hacen de la revolución rusa un experimento ilustrativo, a diferencia de lo nuestro que es desenfreno repugnante. De todas maneras podemos asentar que, así como los pueblos políticamente atrasados, no pueden de pronto convertirse al gorro frigio de la libertad, tampoco son los pueblos económicamente atrasados los que primero aprovechan las reformas y novedades de la ciencia o del régimen social.

Ilustrando esta última afirmación, imaginemos que mañana se proclama el Soviet en la Republicánísima ciudad de Wáshington. Para muchos sería esta la solución de todos los problemas del instante. Pero a poco que se reflexione aparece la verdad de que no es el país menor el que goza de las ventajas inmediatas de las grandes innovaciones. No porque mañana funcionase el Soviet en Wall Street, los pueblos hispanoamericanos quedaríamos libertados. Lo probable, lo seguro es que bajo otro nombre, la factoría se quedaba subsistente y casi intacta. Más aún, empeorada. Pues nos man-



darían del norte con el título de Comisario del pueblo de Panamérica unida y Soviética, funcionarios que se harían cargo de las minas que ya son de propiedad norteamericana y de las pocas que nos quedan a nosotros; se posesionarían de los frigoríficos; acapararían el trigo y el petróleo y pondrían tasa al salario, después de racionarnos a todos en la categoría mínima, como obreros no técnicos. Y en vez de trabajar para el pequeño capitalista local o para la empresa sobre la cual alguna presión puede ejercer un gobierno propio, trabajaríamos para la economía del partido que a mil leguas de nosotros y en las mismas metrópolis, Chicago, Filadelfia y Nueva York, se pondría a mandarnos con desahogo que no se atreve a usar el Panamericanismo. El derecho de huelga sería sofocado con las mismas escuadras que hoy, todavía respetuosas del nacionalismo, asoman a nuestros puertos y bombardean saludos. En suma, el hombre de Bolivia y de México y de la Argentina habría cambiado de amo pero no de condición. En el cambio dejaríamos la poca libertad que nos queda y también la esperanza de un desarrollo autónomo que quiere decir mayor posibilidad, mayor facilidad para levantarse por selección, de lo rudo y humilde a lo alto y refinado. Este tipo de adelanto, el único tal vez eficaz, se queda aplastado cuando intervienen fuerzas poderosas y extrañas sobre el desenvolvimiento natural de una nación. Y no vale alegar la palabrería igualitaria del internacionalismo nuevo, porque diferencias de condición y de jornal

prevalecen en Rusia entre rusos. Imaginad entonces la monstruosidad de los rebaños de la subraza que para el extranjero somos, condenados a los trabajos forzosos en la puna, en la marisma y la selva. La carga de las tareas desaseadas y mal pagadas en las ciudades caería sobre nosotros.

Nada tienen que esperar de regímenes que no sean fruto de una evolución autóctona ni el indio de México, ni el cholo peruano, ni el negro de Antillas, mucho menos las clases que han logrado ya cierto tipo de acción y de espíritu. Al fin y al cabo la biología social se mueve y por obra de fuerzas que apenas desvían las revoluciones y los decretos, y constantemente las jerarquías responden a la capacidad según la tabla de valores que cada época adopta.

Quiere decir así mismo, que ha sido un error de la sensibilidad revolucionaria, poner tanta esperanza en lo que se hace lejos de nuestro territorio y tan poco esfuerzo en la tarea que se halla a nuestro alcance. Quiere decir que es inconducente gastarse en preparar el advenimiento de una especie de milenio social quimérico, en vez de aplicarnos a perfeccionar, por ejemplo, la práctica de nuestra combatida democracia. Significa también que traicionan el progreso humano, ciertos extremistas de nuestro continente que, con pretexto de estar aguardando la revolución total, se prestan por lo pronto, a colaborar con las dictaduras bárbaras que así se disfracen de extremistas, no hacen sino continuar la tradición del Facundismo, en un con-



tinente que suele estar en mora con la civilización.

Por malo que sea el amo nacional, es peor el patrón distante, que a menudo jamás ha entablado trato humano directo con sus asalariados. El proceso de la ocupación norteamericana de Puerto Rico y de Cuba nos está demostrando que no hay nada más ruinoso para un pueblo que estar sometido a una dominación extranjera distante. Bajo los españoles había en Puerto Rico, probablemente veinticinco mil pequeños propietarios. Esto supone un número cinco o seis veces mayor de familiares y de auxiliares inmediatos que disfrutaban del beneficio de la pequeña soberanía económica. Transformados los métodos económicos, hoy no existe en Puerto Rico más propietario que el Trust y este fija los salarios, desde Nueva York, sin ojos para ver el mal que causan las reducciones y los despidos. Cuando el amo es de la misma raza, subsisten posibilidades de que el ejercicio del dominio cambie de manos y se reparta. La hija del dueño suele casarse con el empleado, cuando convienen en la misma patria y clan. En cambio no hay ocasión de establecer relaciones humanas con un patrón distante, que habla otra lengua y juzga sólo frente al mapa la suerte de millones de extraños. El trato al fin y al cabo suaviza las divergencias de intereses. Y el mismo rencor puede producir efectos de forzada justicia cuando el amo está al alcance de la venganza del siervo ofendido. En cambio manipula impunemente el jefe del Trust

que acaso muere sin visitar los territorios que explota.

El advenimiento de las masas a la educación y a las ventajas de una economía relativamente justiciera, se demora cuando sobrevienen conquistas que acaban con la aristocracia del clan. El adelanto de los pueblos se opera por desarrollo desigual dentro de la tribu, pero siempre que los más capaces de la tribu, conserven poder. Los cambios violentos que acaban en primer lugar, como ocurre en las conquistas con la aristocracia viril y combatiente, con el talento de una estirpe, determinan esas largas decadencias a veces irremediables. Y casos de esa índole abundan en la historia de las naciones indígenas del continente, después de la invasión de los españoles.

A los perjuicios de la intromisión extranjera no escapa ni la revolución. Por ejemplo: el título "dictadura del proletariado" que corresponsales yankees, a lo Reed, adjudicaron, al régimen de Carranza no fué sino un membrete nuevo sobre la penúltima cabeza de la hidra caudillista y facundista, azote del continente. En realidad la dictadura carrancista echaba por tierra el programa maderista y lo devirtuaba, y es probable que sin el disfraz falsamente comunizante que los agentes del imperialismo norte americano le dieron, el carrancismo no hubiera perdurado y no pasaríamos por el oprobio del presente callismo. Ocurrió entonces lo mismo en Rusia que en México que, al entronizarse el despotismo, en seguida se consuma el desprestigio



y el fracaso de la revolución. De la dictadura del proletariado ruso procede la carga de burocracia y ejército. La dictadura carrancista engendra la casta de los nuevos latifundistas a lo Obregón y Calles. Para encubrir el fraude y para acallar la protesta se desprestigia, se aniquila la libertad y con ella toda posibilidad de exigir responsabilidades. La revolución se anuncia con el soplo libertador de Dostoyewsky y Tolstoy, plasma en el oportunismo amoralista de Lenine y remata en la victoria del polizonte a lo Stalin. Algo parecido, representan en México: Madero, Carranza y Calles. El proceso adquiere la fatalidad de una reacción química: el apóstol, el Verdugo, el policía, los tres momentos fatales de la tragedia revolucionaria en la historia. Desde que se suprime la libertad, la acción se precipita al desastre. Y no vale salirse del teatro, porque a todos nos alcanza la ruina.

Otro error trascendental de la revolución es la campaña que libra contra la idea religiosa en el mundo. El cortejo irrisorio de Buda, Confucio y Jesús, creó al bolchevismo más enemigos que todas las confiscaciones que llevara a cabo. Vejar puerilmente lo que tiene de más grande y más alto el espíritu humano es necedad de consecuencias irreparables incluso para la economía. La médula humana queda reblandecida y la razón biológica del esfuerzo se socava, cuando en salto atrás de milenios substituimos el mito con el tabú: el ícono con el martillo y la hoz. Cuando se reniega del Angel se acaba reverenciando al Becerro. Y no hay

progreso, sí retroceso cuando se niega el Dios sobrenatural y se endiosa la máquina, para adular el Dios Multitud.

Al símil farmacéutico de la religión como opio, habrá siempre quien oponga, la experiencia científica de la religión como ala. Y al obvio, “primero es comer” que nadie niega, añadimos que también interesa en primer término, lo que ha de hacerse después de comer si no se quiere seguir comiendo hasta bajar al cerdismo.

Menguado concepto de la economía política tienen los que pretenden sacrificarle la totalidad de sus naturalezas. Mayor confianza en el poder de la ciencia económica revela quien se limita a pedirle soluciones en especie, pero le veda intromisión en asuntos que la superan. Y constituyen estos asuntos, un noventa por ciento de la cultura, dentro del cual no tiene voz ni voto el economista.

Desde que abordamos el problema de la conducta, una vez que se ha vencido la necesidad fisiológica, surgen exigencias, como por ejemplo el arte, que no tienen nada que ver con la ley de la producción y el consumo. Muchos se declaran en favor del arte y creen que no se debe pasar de allí, pero ¿qué es el arte sino un conjunto de maneras de superación de lo cotidiano, una liberación que supone actividades de espíritu? El más ligero examen del valor del arte nos demuestra su total independencia del valor económico, y mientras más se ahonda en su contenido, más evidente parece que un arte no religioso no es un arte. O lo que es lo



mismo, allí donde la preocupación sobrenatural no está presente, no se produce nada bello ni grande. Y ni todos los pelotones de fusilamiento bastarán para acallar el anhelo de grupos y aun multitudes, rebeldes a la economía y fieles al sentido superior de la vida. Considero entonces que lo cuerdo es obligar a la economía a que busque el medio de ponerse en paz con el espíritu o bien se retire modestamente de su campo.

En efecto, ya ni el estricto criterio de la ciencia empírica tolera a la economía sus pretensiones de ciencia exacta. Y superado el criterio spenceriano comtiano, por los descubrimientos en física lo mismo que por el criticismo lógico, la pretensión de fundamentar el saber en el objeto ha sido archivada. Y el materialismo histórico despojado de la autoridad de lo científico aparece hoy como brote tardío y proyección en lo social de un concepto derrotado en sus orígenes epistemológicos y prácticos.

Condenamos por lo mismo, por razones científicas y humanas a todos los que han pretendido privar el movimiento de reivindicación de las masas, de la fuerza que le presta la convicción moral del hombre a través de los siglos. Reconocemos en el espíritu el poderío que ha rescatado nuestra especie de su condición semizoológica y confiamos en que ese mismo soplo sobrehumano ha de levantarnos, por encima de las realidades que el economista maneja, conformándola de paso según propósitos más comprensivos.

Nos hallamos en una etapa peligrosa del camino. El privilegio alarmado, levanta el fantasma de una reacción que sin embargo, no se atreve a restablecer la economía antigua. El más exaltado fascismo toma su fuerza de que aborda el problema económico con miras a la limitación del derecho de los de arriba y encarna en directores de origen popular, que así lo deseasen, no podrían renegar de todo su credo revolucionario. Al contrario vemos que, a menudo, nos roban porciones enteras del programa y el nombre mismo de combate, puesto que se llaman a sí mismos revolucionarios. Es evidente que por los dos caminos se va a un nuevo orden social en lo económico y es también a mi juicio claro, que la nueva libertad porque hemos de luchar en el futuro no ha de parecerse al liberalismo falso que hostiliza la libertad religiosa, pero deja intocado el privilegio económico. Una libertad espiritual auténtica habrá que conquistar dentro de la cual las opiniones dispongan de las solas armas de la persuasión y el ejemplo, y no ha de volver el falso laicismo jacobinoide que ha destrozado por ejemplo a México y asomaba ya su oreja cavernaria en la España de ayer. Si queremos que no sea un sarcasmo la condenación que del fascismo enunciarnos es menester que en religión la libertad tolerante reemplace al encono. En gran parte son nuestros excesos revolucionarios los que han provocado la actual reacción peligrosa. Sin Lenin no habría Mussolini, pero al mismo tiempo resulta absurdo encerrarnos en el dilema de Roma



o Moscú, fascismo o bolchevismo; pues no tiene dos rutas, sino mil el destino. Y ni siquiera el pasado cabe en la concepción elemental del partidismo contemporáneo que sólo entiende de la derecha y la izquierda. El progreso al contrario pone en obra las dos manos y la verdadera democracia que no es plutocracia ni tampoco gobierno de gleba es hasta hoy, con sus limitaciones, el único sistema que ha dado épocas cortas de ventura y de gloria a nuestra pobre humanidad confusa.

Yo no sé si Europa esté condenada provisionalmente a elegir entre dictaduras de la derecha y dictaduras de la izquierda, pero creo que vale la pena de hacer un esfuerzo para salvar a la América de un nuevo mimetismo, en la ocasión desastrosa. Los días de gloria de América, no los preside ningún amo absoluto y se llaman la Presidencia de Sarmiento y de Mitre en la Argentina; los dos años de Francisco Madero en México, la gestión de Lincoln en los Estados Unidos; la de Río Branco en Brasil. Es claro que los problemas contemporáneos requieren otros métodos, otros programas y una decisión económica que no sospecharon los gobernantes ya nombrados; pero si la nueva tarea ha de ser fecunda, deberemos cimentarla, en movimientos de opinión que engendren y apoyen gobiernos fuertes por su justicia, y respetables porque dejan al gobernado derecho pleno de censura y expedita la acción por responsabilidad. Nos oponemos a las dictaduras, no porque nos embargue el deseo de que las cosas sigan como están, las cosas mismas

se están transformando sin atender a nuestro deseo — sino porque el despotismo no es novedad en un continente que conoció el seudocomunismo incaico y el seudofascismo azteca; dos jerarquizaciones inhumanas que prepararon la conquista y la justifican. Nuestra repulsa de la dictadura no quiere decir retorno al dejar hacer de la escuela liberal. Creemos que la economía no tiene espíritu y por lo mismo no tiene derecho a la libertad. En un Estado bien regulado son libres los hombres, pero son siervos los intereses. Al revés de lo que ocurre en las democracias decadentes cuyo colapso estamos contemplando, en las que mandan los intereses y el hombre es siervo.

El fin de una era llaman algunos a toda esta inquietud contemporánea que por tener causas principalmente económicas, no merece la categoría de uno de esos cambios decisivos del rumbo histórico. Lo que ha caído en descrédito no es la democracia sino su desviación hacia el individualismo económico. Pero de un socialismo económico, que está en marcha en todos los órdenes y tiende a volverse absorbente habrá que rescatar al individuo como personalidad consciente, preciosa y única. En el desarrollo de la adaptación del mundo a sistemas económicos menos imperfectos, actuarán los viejos métodos que rigen el cambio. Los pueblos más adelantados, más democráticos, consumirán su reforma económica por medio de ensayos atrevidos y con la supresión legal de las clases que estorban la justicia pública. El sistema del trust y la banca,



responsable del empobrecimiento de los agricultores de norte américa y de casi todos los trastornos sociales de la época, está ya siendo liquidado en aquel país de su origen, por virtud del poder que el voto puso en manos de la administración Roosevelt, la primera en la historia contemporánea, que lleva al banquero, antes amo de pueblos, al banquillo de los acusados. El castigo del malversador de los intereses públicos evita la revolución. En cambio la revolución seguirá siendo instrumento fatal pero irremplazable allí donde la dictadura defrauda los resultados del voto, protege la impunidad del financista. Resulta entonces que el ideal consiste en aplicar la revolución como azote contra el tirano, y como artificio para dejar paso al libre ejercicio de las fuerzas morales. Pero en seguida que el obstáculo de la relación ética se ha barrido, la revolución debe aplicarse a restablecer la ciudadanía y dentro de ella adoptar el método económico más acomodado al medio y la época. Revolución que así no procede, fatalmente degenera hacia el pretorianismo y este, es en verdad, la mayor calamidad que padecen los pueblos. Por amor de la revolución y para no tener que renegar de ella, nos empeñamos en romper su contubernio con la dictadura, su degradación en la demagogía y el profesionalismo.

El grado de cultura media que los hombres de todas las razas han alcanzado en este primer tercio del siglo, está exigiendo que la sociedad se transforme. Ni por un instante imaginamos que el equi-

librio se restablecerá según fórmulas de antaño. No sólo el pasado histórico está bien muerto, también las teorías de ayer se nos presentan gastadas en la acción intensa, urgidas de afinamiento y complemento. La velocidad es un factor nuevo que no es posible desconocer cuando se juzgan los procesos de nuestra época. No sólo hay que cambiar sino que es necesario hacerlo de prisa; esto es lo que hay de cierto en la tesis trotskista de la revolución permanente. Pero el cambio se vuelve retroceso y barbarie cuando se limita a imponer, con violencia, programas incompletos y abstractos, sobre una realidad que contiene imperativos económicos y sociales, además de otros muchos problemas que escapan al cartabón de las ideologías particularistas.

Contra lo que a menudo se afirma, el problema de la hora no es fundamentalmente económico puesto que nunca habían sido más abundantes los bienes. Acaso la excesiva preocupación económica contribuye a oscurecer y demorar las soluciones. Repetidas veces se ha observado la identidad de los fines a que llegan, los supercapitalistas de Estados Unidos y los supersocialistas de Rusia. De tanto encumbrar al hombre económico han creado ambos el hombre máquina que vive para trabajar, y al trabajar para comer, fatalmente concluye en el fetichismo de la tarea y el instrumento. Ninguna diferencia esencial separa el practicismo de Dewey que busca en el juego de los hechos el supremo bien y el neidealismo bolchevique cuando pone el



útil, sobre nuestras cabezas, como bandera. El Dios esfuerzo del yankee halla su símbolo en el Icono Máquina del nuevo rito ruso. El Demos, glorificado en abstracto levantó primero, en los Estados Unidos, los monumentos anónimos, al cuerpo de Bomberos, a la Marina o a la Policía. Ellos son el antecedente, del arte obtuso que en la postguerra eleva monumentos al soldado desconocido, en Europa y que en Rusia encumbra nueva divinidad que se llama la Multitud. Nunca la cantidad mostró insolencia semejante contra la calidad. Los mercados también se llenan de cantidad y se hace necesario quemar el trigo y echar al agua el café porque la calidad que es moral humana inteligente no logra imponerse al caos económico. El reino de Caliban nunca fué más extenso y quizás tampoco la miseria ha sido nunca más general y dolorosa que en la actualidad. Y todo porque la revolución misma se ha contaminado de cantidades y se pierde en cifras y no halla la fe que conduce a la justicia, el impulso que engendra la alegría.

El Salvador del instante sería uno que pudiese quitarnos del rostro la mueca del odio y devolvernos la serenidad de la inocencia. Por mi parte sigo creyendo en uno que predicó en la Montaña y es manantial de paz, aunque no siempre recomiende la mansedumbre y sí la lucha constante por conquistar el Reino. Su soplo hace falta, al anhelo de la liberación de las masas que tienen derecho al pan y la ventura.

Sin aguardar el paraíso en la tierra, reconozco la

obligación de sobrepasar el egoísmo y de luchar por la justicia en el mundo. Justicia hay que pedir y no dicha. Y la justicia tiene de enemigos al economista que promete hartazgos como fin posterior del anhelo y el superhombre que se erige en ídolo y reemplaza la inteligencia con la hoja de lata del casco cesáreo.

Desconsolados de la destrucción que acompaña la crisis revolucionaria, claman algunos la vuelta al orden que encarna en dictaduras que se dicen reestructurativas. No cabe duda que el desorden de la economía requiere la intervención de un Estado fuerte con aquella fuerza valerosa que reprime los abusos, las exacciones de los de arriba, no con la fácil, desleal que encarcela unos cuantos desamparados. En el estado actual de la sociedad todos abogamos por un gobierno que sea capaz de evitar la revolución adelantándose a ella; es decir procurando el empleo de los desocupados, limitando las ganancias del capital, gravando la renta y destruyendo por impuesto progresivo el latifundio, dando caza al privilegio en todos sus guaridas. Pero un Estado fuerte de este género, capaz de afrontar semejantes objetivos, no puede nacer del golpe de mano del cuartel ni encuentra apoyo en un pasado que representa la perpetuación de la injusticia. Una dictadura que se impone por la violencia y se aprovecha de la sorpresa, necesariamente se organiza como instrumento de clase y ya se incline a la izquierda o a la derecha, en realidad impone jerarquías artificiales que duran lo que tarda en prepa-



rarse la revancha. En cambio, la democracia posee los medios que le permiten consumir la reforma a fondo. De la revolución, toma el impulso de progreso, pero se libra del personal turbio que prospera en la revuelta. Sin mengua de sus postulados básicos, el régimen democrático improvisa las instituciones más eficaces para el caso de guerra o de grave perturbación económica. Por ejemplo, la dictadura democrática que se distingue de la pretoriana en que es temporal y se propone objetivos concretos y no renuncia las consecuencias de la responsabilidad que es inherente a todo gobierno civilizado. Así mismo en el modo de originarse hay una diferencia esencial entre la dictadura democrática y la dictadura de golpe de mano, pues mientras esta última procede por lo común de una sorpresa y no recibe jamás el refrendo de la opinión, la dictadura limitada de la democracia procede, ya de una elección lealmente consumada, ya de un plebiscito que la suple en casos de extrema urgencia pública. Se entiende que el plebiscito para ser válido, ha de producirse en favor de persona que no ejerce directa ni indirectamente el mando. Ha de consistir en la designación aclamatoria del más justo y más apto para resolver en un instante dado, la crisis de una situación y de un pueblo. Y ya se sabe que, verdadera dictadura suelen ejercer, presidentes legalmente electos, cuando en circunstancias extraordinarias, el poder legislativo les otorga facultades que no están originariamente contenidas en su mandato.

Dictadura democrática fué la de la Clemenceau durante la guerra. Concluida ésta con la victoria, el Dictador abandona el poder, aclamado por victorioso, pero negado en el instante en que cesaron las circunstancias excepcionales que excusan el poder personal. Prevaleció en cada uno el amor de la patria y el Salvador de la ocasión más peligrosa de Francia, volvió a confundirse en la pobreza con la multitud de sus conciudadanos. Allí discutido, acaso vejado, el viejo patriota ilustra su holocausto escribiendo el libro apologético de Demóstenes, el último gran ateniense, sacrificado a la libertad de su pueblo en lucha contra la decadencia que iniciaba Alejandro.

Dictadura derivada de una elección es la que ejerce en estos instantes el Presidente Roosevelt, que para poner en obra las más osadas reformas, para enjuiciar a los banqueros que ayer nomás eran todo el poder, no ha necesitado amordazar la prensa, confiscar a sus rivales, encarcelar a sus críticos. Ni la democracia francesa en plena guerra, ni la democracia norteamericana en crisis de régimen económico han tenido que fusilar opositoristas, para llevar adelante un programa con éxito. De suerte que, cuando un régimen, un programa requieren, para su sostenimiento, no sólo el uso, también el abuso del poder y la legalización del crimen, es obvio concluir que no se trata de adelanto ni de verdadero revolucionarismo sino de extorsión, pretorianismo y barbarie. En cambio, dentro de la democracia y únicamente según sus



normas, resulta posible hacer adelantar el imperativo de la justicia económica con todos los otros progresos.

Conviene procurar la claridad de las ideas y la eficacia de las instituciones, porque todos los males de la época apresurarán su alivio si sabemos circunscribirles la extensión y la causa. Ya otras muchas veces la humanidad ha creído que era inevitable un cambio de fondo en las costumbres, el pensar y el sentir de la especie. Y el uso de las palabras: era pasada y tiempos nuevos ha sido juguete de más de una generación. El desconcierto económico es capaz de provocar y debe provocar transformaciones económicas más o menos profundas, pero de la economía no pasa y de su aplicación en el derecho. La economía nunca determina cambio sustancial de las ideas. Desde el comienzo de la historia hay el ritmo de las vacas gordas y las vacas flacas. Y mañana tras la liquidación volverá la abundancia, pero el capitalismo desenfrenado y la centralización industrial se han derrumbado. No volverán a rehacerse los grandes acaparadores de fortunas, ni la metrópolis cuya industria cubría las necesidades de un continente, en intercambio obligado de las materias primas. La igualdad en la economía es una solución que emerge ya del caos del momento. Tras del ímpetu igualitario empuja una posibilidad de abundancia que ninguna época ha conocido. Jamás el adelanto científico había alcanzado el poder que hoy tiene de multiplicar las cosechas y acrecentar las manufacturas. En el sen-

tido económico el progreso es notorio y sólo hace falta que la vida social acabe de construirse los sistemas necesarios para que a todos alcance las ventajas conquistadas sobre la naturaleza. Ninguna doctrina económica cerrada es capaz de resolver por sí sola un desarrollo que está impulsado por la vida y construye sus propias modalidades. Pero en tanto que el proceso social afecta a los hombres no lo determina, como en las especies zoológicas, el curso indiferente de la ley natural. Sobre la ley natural, impone el hombre su inteligencia. Detrás, el impulso voluntario interviene en el sentido natural del desarrollo y lo modifica. Así procede el cultivador, y este sencillo hecho, trascendental, producir un grano revela todo el sentido, el poder del espíritu, raíz de todo lo que conocemos bajo el título de cultura.

Con amplio criterio de cultura procuraremos abordar, después del examen de los obstáculos, el problema de la construcción de un destino colectivo en nuestros lares de la América Hispánica.

Pero antes de seguir adelante anotemos: la lucha del presente no es un empeño estéril. El socialismo derrotado y bien derrotado como teoría comprensiva de todas las actividades sociales, representa sin embargo, en lo económico una conquista definitiva que interesa precisar para mejor defenderla. El crédito no deberá ser ya más una función privada. Los recursos naturales y su explotación pertenecen al Estado para beneficio de la generalidad; las vías de comunicación y los servicios pú-



blicos deben librarse de la explotación de los particulares; el uso de la tierra ya no se extiende al abutendi romano sino que debe estar limitado y reglamentado; la propiedad es una función cuyo régimen compete al Estado, pero no pertenece al Estado, la moral, la opinión, la libertad de los ciudadanos. En una palabra el socialismo o la socialización rigen el mundo y merecen dominarlo, a condición de que no se entrometan al campo de la filosofía.

## TEMAS DE LA RECONSTRUCCIÓN IBEROAMERICANA

---

El destino del joven hispanoamericano, más que cualquier otro, de la tierra, aparece singularizado con la exigencia de la invención. Cada francés que escribe su primer novela, empieza por situar su obra dentro de una tendencia que así se bautice con el más extravagante de los ismos quedará contenida en las determinaciones de la sintaxis hecha, del temperamento refrenado, de la sensación regulada que, la herencia de las generaciones impone como legado irrecusable. Un inglés joven que escribe ensayos tiene también detrás, una manera tradicional de reacciones, un complejo espiritual que en vano trataría de recusar. Más o menos, ya se sabe, lo que va a decir un francés, un inglés, quizás un europeo. Los lugares comunes de Occidente, revestidos de oropel más o menos brillante se repiten con una insistencia que hace pensar en la uniformidad, preludeo de esterilización, que acomete a



la China después de la difusión del confucianismo. En todos los órdenes, el europeo es uno que continúa una tarea, uno cuyo sitio, precisado desde su nacimiento, no variará sensiblemente en el territorio de su época. No pretendemos negar que esta suerte de misión prefijada y circunscripta permite al europeo desarrollarse en el sentido de la perfección, concisión de la obra, mucho más allá de lo que puede soñarse entre nosotros. En cambio hay algo de triste y de trillado en esas vidas que saben de antemano su límite y se aplican al riego de un solo jardín. Y no conozco nada más virilmente hermoso y casi trágico, que la tarea del iberoamericano, cargado con los sedimentos de stirpes a veces contradictorias y obligado a la tarea más profunda entre todas las que ejercita el espíritu; extraer nuevos dones de la entraña de la vida, prolongar el esfuerzo en el vacío de lo intacto.

Nutrirse para la eclosión del valor que, no sólo sea nuevo, sino también eficaz, único, ilustre. ¿Dónde hay destino más alto, y quién cuenta mejor oportunidad de cumplirlo que el joven iberoamericano? He aquí por qué ante cada problema de América, poco vale la receta que de Europa nos suele venir, y mucho importa indagar en las potencias inexhaustas del alma. Pues ¿qué otra voz si no es alguna voz nuestra, podrá gritar el Eureka de este continente grávido aun cuando los otros envejecen o se repiten?

¿Quién osara entonces negar que una generación, quizás metida ya en las aulas, nos reserva los

economistas y los técnicos que lograran extraer de nuestra angustia contemporánea, las soluciones más adecuadas para la colectividad? Únicamente una ciencia así precisa y autóctona llegará a dar la última palabra en lo práctico. Entre tanto, quien como yo, no es economista ni quiere serlo tiene el deber de reflexionar y de formular advertencias incluso en economía. Pues ya lo hemos afirmado, hay una especialidad de la no especialidad y un deber que compete al especialista y el técnico de las ideas generales, y es el de coordinar ciertos juicios por encima de las disciplinas particularizadas. Singularmente en el caso de la economía política ya hemos dicho que no le abonamos crédito para regir la totalidad de la vida colectiva, mucho menos la individual. Por exactos que lleguen a ser sus postulados antes de otorgarles vigencia, será menester que los revise el generalizador, o sea el filósofo, juez supremo de las cosas humanas, según ya lo estableció Plátón y pese a todas las barbaries que a través de la historia le disputan la primacía. Me refiero a la primacía del mundo. La otra, la del espíritu va más allá del filósofo y encarna en iluminados que en sí reúnen la visión, el poder y la santidad.

Haciéndola pues de filósofo, que es como quien dice, pensar con la ingenuidad del sentido común despejado, lo primero que nos sorprende a los iberoamericanos que visitamos Europa es la aglomeración dolorosa en que viven, razas de primera, sobre un territorio que, a duras penas les da albergue.



Filosofía del vecindario londinense llamaba Nietzsche al socialismo de su tiempo y algo de esta fatalidad de la escasez de espacio, perdura en el tenor de angustia de toda la economía contemporánea. Desplazar las aglomeraciones humanas hacia los territorios explotables y todavía despoblados, debiera ser, juzga el lego, la primera preocupación del estadista. El primer principio de una economía política de verdad, científica, por fundada en la observación y experimentación de la realidad, no en dialéctica: Descongestión de los centros urbanos y vuelta al campo. Huelga de la industria y acrecentamiento de la agricultura, industrializada, pero a la vez individualizada. La economía social por sí sola y sin permiso de Carlos Marx se ha puesto ya a consumir este proceso en Europa misma.

Gracias a su economía tradicional bien cimentada, se está produciendo en España por bajo la acción de los políticos un proceso curativo que consiste en la reabsorción por la aldea de gran parte de los elementos que desocupa la industria. En Asturias es frecuente el caso del parado de la mina se licencia de obrero y torna a ser aldeano como lo fueron sus padres, como lo son todavía sus hermanos. Y si el remedio no se aplica en grande es porque regiones enteras, por ejemplo Galicia, están ya saturadas de población. Con todo, la desecación de ciénagas y la irrigación de otras regiones prometen reintegrar a la naturaleza, para que recobren patrimonio millones y millones de estos parias de la ciudad que somos los intelectuales y los

obreros, desraigados y peligrosos fermentos de todo género de erupción. En Italia, la perduración de un régimen como el de Mussolini se explica por los millares de huelguistas forzosos del taller que han encontrado, más que acomodo, hogar en las tierras desecadas y recién abiertas al cultivo. En Inglaterra la emigración ha estado resolviendo el problema de la raza más ávida de todo el planeta, establecida en el territorio más pequeño del mundo civilizado. En Inglaterra, desde antes de la crisis, en los muros destinados a los cuarteles de anuncio y en las estaciones del ferrocarril, en el cruce de los caminos, podía leerse este letrero: Young Man go to the Tropics: Joven, marcha al trópico. Allí la fortuna espera al osado y de esta suerte el problema social se ha resuelto con el ensanche del Imperio o sea por crecimiento en extensión. El ideólogo iberoamericano, en cambio que tiene a la vista territorios vacíos parece no ocuparse sino de rumiar la sociología del hormiguero que es el comunismo, la economía del vecindario londinense que dijo Nietzsche. De espaldas a las vegas de nuestros ríos, a las praderas del continente, buscamos en los libros una solución que está en la naturaleza. Y a diferencia del inglés rubio, nosotros exageramos los inconvenientes de la tierra cálida, como si con eso se nos quitase lo moreno: como si no fuesen ya utensilios comunes la tela alambrada y el refrigerador. En los mismos alrededores de Buenos Aires desconcierta el sin número de casas de renta módica para gente bien, provistas de las comodidades



usuales, baño y jardín pero sin huerto, sin sitio para sembrar una lechuga, menos para vaca o gallinas. Moradas modernísimas pero de pretensiones urbanas, con rosas y sin repollos, como si el dueño, por caballero, rehusase el placer de cuidar las propias legumbres. Nadie parece advertir que las rosas suponen la carga del jardinero y se justifican allí donde la huerta produce lo suficiente para alimentarlo. Pero allí donde todo es ornato, nada trabajo útil, ocurre reflexionar con alarma: cómo se paga el ejército de jardineros que embellece manzanas y manzanas de urbanización; y se piensa en la angustia del salario mermado para pagar el lujo absurdo. Y se lamenta la amplitud inútil de la Pampa que podría abrigar número sin fin de huertas y de granjas. Hubo un momento estúpido, bien lo recordamos en que se juzgó indigno del caballero de una gran Metrópoli, ponerse a criar aves o a plantar hortaliza. El ferrocarril y la gran empresa; el latifundio y el frigorífico preferían darnos a la puerta de casa cuanto necesitáremos a doble precio y con buen envase. Pero ¿qué importaba la carestía si el economista del trust aconseja gastar más, crearse necesidades, ser americano, recuérdense los discursos del Mister Hoover, de hace tres años? Nosotros, en las factorías de Hispanoamérica, tomamos a la letra la lección y nos hallamos en bancarrota. El francés no hizo caso del credo imperialista. Al español le importó un comino la prosperidad del trust pero supo resguardar la suya.

Recuerde quien la haya visto, la Banlieu parisienne. Hasta donde lo permite la sobrecargada urbanización, cada casa modesta de Ivry o de Sevres, de Ville D'Avray y del mismo Neully, tiene apenas jardín, pero amplio huerto y gallineros. Y es frecuente que al comprar la legumbre en la tienda del ruidoso boulevard, tengamos que esperar unos instantes porque ha ido el tendero a arrancarla del huerto que con sus manos cultiva. Y alguna vez pregunté ¿por qué el obrero francés descuida el deporte en tanto que en nuestro México seudomoderno el obrero dispone de estadios y clubs? Y se me dijo: es que su deporte es su huerto. Lo cultiva al salir del taller y lo cuida, lo riega el domingo. Los obreros deportizados de México han ido a la bancarrota con el gobierno que los adulaba, pero ¿quién arrastrará a la destrucción de todo el régimen contemporáneo a obreros que participan de un pedazo de tierra con tanto afán y provecho labrado? ¿Y quién impedirá que las multitudes de las ciudades absurdas, México o Chicago, derrumben cuanto existe, si un día les falta el salario y con él la posibilidad de comprar una col? En el Chicago trustificado, arquetipo de las ciudades nuevas de América, no sólo no hay tierra para nadie sino que las legumbres le llegan al consumidor, procedentes de Texas o de Ohio, recargadas con la ganancia del trasportador, más una serie de intermediarios, que elevan el precio.

España la atrasada se negó al régimen yanquizado, modernizante, trustizante. La tradición le



ha salvado la economía. La razón de su equilibrio se encuentra en la aldea que no sólo recoge y absorbe buena porción de los parados de la industria, sino que dentro del Estado mantiene un régimen económico autónomo casi. El aldeano que se basta a sí mismo era ayer nomás anatema de los economistas del capitalismo en grande. No le perdonaban que viviese sin rendir tributo a la gran industria. Sin embargo el campesino vive con decoro en España y aunque no lee diarios y revistas, acaso por eso mismo nunca se ha preocupado de aumentarse las necesidades para acrecentar las ganancias del Rey del Zapato o el Príncipe de Coca Cola. El aldeano español que se abstiene de comprar calzado de fábrica o el cuello de camisa standard o los pantalones baloon, no enriquece en un céntimo, al grueso industrial de Nueva York o de Londres y por lo mismo no es un civilizado. Pero es más dueño de su destino y de su ventura que los clerks o empleados de la Bolsa y de Wall Street, sobrecargados de letra impresa y sujetos a tener que estrenar, cada primero de abril un sombrero de paja, (rancho) de forma y precio que según su conveniencia determina el fabricante. Leen y escriben y aun comentan lo que se dice en los diarios y juegan a la democracia en los partidos políticos y aun se permiten veleidades comunizantes, pero no tienen bastante criterio, suficiente rebeldía, para insurgirse contra el fabricante que les impone el corte del traje, el gusto del pan en la mesa; la diversión estúpida del cine, en sus ocios. Las multitu-

des de las ciudades de nuestra América, pasan por civilizadas, según el grado en que cumplan el deber de comprar la tela extranjera, la pasta de dientes y el whiskey con que tanto ignorante reemplaza el buen vino de mesa argentino o chileno o francés. Detrás de cada uno de estos hábitos está el compromiso de trabajar para el fabricante, de vivir para enriquecerlo. Y en consecuencia necesitamos el salario que es pan de cada día y falsa dicha de las horas de asueto. Bien puede en cambio, el campesino español prescindir del salario puesto que ha inventado la manera de no tener gasto diario. Nunca va al cine pero en la Iglesia disfruta de música buena, no de sonajero metálico. Y no depende sino en mínimo grado de los demás: es el señor de su propia existencia. En su pequeña tierra cuida las habas o el trigo; cada tres meses mata un novillo y come carne, de cuando en cuando, que es lo higiénico. Dos veces al año sus cerdos le dan jamones; se hace su pan, fabrica su vino. Alguna vez por la cosecha se compra la ropa de paño durable. Y en el hogar reúne al padre anciano y a los hijos menores; mantiene familia. En una palabra y esto es de la mayor importancia, defiende la civilización contra la peste que somos nosotros los parias de la Metrópoli y los ricos desarraigados. El aldeano español detesta la política pero cuando llegan las elecciones, vota para echar fuera al político que le colmó la paciencia. Sobre castas de esta índole se apoyan las democracias, con nosotros los fellahs que dijo Spengler, los sin tierra y sin



Dios ni más ley que el apetito, se hace comunismo azteca o burocracia comunista a lo ruso: se hace plebe que vota en el Tammany o camada de los asesinos que en nuestro México encarnan la Bestia.

La esclavitud, la verdadera carga del asalariado está en el diario que sin excusa tiene que afrontar para vivir. Para conseguir ese diario se consuman todas las infamias. Es preciso ganar o robar, si se desea subsistir. El aldeano vive pobre pero vive señor porque ignora esa angustia. Junto con las otras de la moda y el lujo; toda la quincalla superflua que enriquece unos cuantos manufactureros y amarga los días de la clase media trabajadora.

¡Reconquistar, repoblar la tierra, que un día de maldición abandonamos para construir la colmena satánica que es cada gran ciudad! Pero ¿cómo vamos a recuperar la tierra?

No me pongo en el caso de una revolución porque es inútil pretender que las revoluciones sigan una norma; pero sí interesa a todos, una reforma incluso a los grandes propietarios que mantienen sus tierras incultas; pues en seguida la valoración que resulta de una intensificación del cultivo, les reembolsaría de la pérdida por concepto de indirectas confiscaciones legales. Tampoco cuento con una inesperada generosidad de la clase terrateniente. Me atengo a las posibilidades de un gobierno, nacido dentro del sistema social vigente, pero dispuesto a proceder conforme al consejo de la ciencia; o si queréis más procesión, de la filosofía. Tras del rotundo fracaso de los gobiernos con-

temporáneos regidos por el criterio del hombre de negocios, no me parece atrevido y sí debido que el filósofo tome la palabra, a reserva de empuñar mañana el cetro.

La crisis actual de la América española, no se habría producido si en vez de obedecer a Pierpont Morgan el enjuiciado y al banquero de la esquina, escucha la advertencia de Martí, cuando contrarrecomendaba el monocultivo. Ni era indispensable el genio para prever el ridículo del hombre "d'affaires" que si alguna vez tuvo talento se lo guardó para el propio beneplácito. Cese pues la idolatría más servil que han conocido los hombres, la idolatría del que piensa únicamente en las cifras del lucro inmediato y analicemos con calma cuál podría ser el proceso del retorno necesario a la tierra.

El sistema entre nosotros tradicional, del pioneer y el bandeirante tan eficaz en su siglo, ya no sabría dar frutos en esta época de maquinismo. En seguida la colonización por empresas privadas fracasó y no puede reanudarse porque los empresarios estarán siempre atentos a exprimir al colono más que establecerlo. Mientras no se den al colono facilidades para convertirse en propietario, será mejor no iniciar ningún experimento. De todo lo cual resulta que únicamente el Estado cuenta hoy con los recursos necesarios para abrir regiones nuevas y afrontar los gastos del primer período del establecimiento. Además sólo el Estado puede resolver el problema de otorgar la propiedad del que trabaje la tierra, ya sea pagando al propieta-



rio cualquier compensación nominal por lo que mantiene sin cultivo, ya titulando las tierras de la nación. Los detalles no nos competen, lo que puede asegurarse es que un gobierno destinado a sobrevivir tendrá que asumir la dirección de grandes explotaciones, sustituyéndose a las empresas colonizadoras de antaño.

Los intereses creados se elevarán contra cada innovación que de verdad intente ordenar los asuntos humanos conforme a la inteligencia. Para contrarrestar el efecto de estas propagandas anti-patrióticas, el estado deberá controlar las grandes agencias extranjeras de noticias. No hay en la actualidad espectáculo más humillante que el de toda la América española obligada a comunicarse con el mundo y entre las naciones de su raza, por intermedio de empresas de cable extranjeras y obedientes como es natural a su gobierno, no a los nuestros. A causa de estas agencias la prensa toda está a merced de las conveniencias políticas del exterior. La diaria noticia de México llega aquí aderezada por la agencia y viceversa. El sistema nervioso de nuestro continente está en manos del extranjero lo mismo que un paralítico cuyos reflejos se regulasen desde fuera por acción extraña a su constitución. ¿Imagináis lo que duraría una empresa argentina o mexicana, metida en Nueva York para informar a los norteamericanos, lo que ocurre en Canadá, tiéndolo primero de argentinismo o de mexicanismo? Duraría lo que tarda un linchamiento, es decir, dos o tres horas. Pues nos-

otros no sólo toleramos la operación, tenemos además que pagarle. Pero ¿qué se puede esperar de públicos a los que he visto aplaudir en el cine, no diré en cual ciudad, películas en que los aviones del ejército yankee bombardeaban a los rebeldes de Nicaragua de la época de Sandino? Nadie pensó en exigir el retiro de la película, sin duda los que aplaudieron se sentían sajonizados. Eran sin embargo bastante morenos como para no figurar en escalafón norteamericano del blanco. Como es natural pueblos así pateables y así pateados difícilmente se emancipan. Elucubremos nosotros, sin embargo, sobre lo que podría ser si los hombres quisieran, no sea que por desengaño de la conducta ajena, nosotros también nos quedemos cortos.

Lo que hoy me mueve, con renovado ahinco es la dolencia, que ataca a nuestros dominadores, víctimas del desarrollo morboso de su sistema y que a nosotros nos equivale a una tregua en el proceso de la absorción. Pero tornarán mañana a ser fuertes y ni ellos mismos podrán contener su propio desbordamiento si todavía nos encuentran desorientados, vacilantes y débiles. Si no queremos que nos ocupen con humano derecho la tierra, habrá que ocuparla nosotros, estableciendo en ella una población propietaria.

En los tiempos que corren, únicamente los Gobiernos pueden asumir la responsabilidad de estas explotaciones en grande; así lo vemos confirmado en los Estados Unidos donde la política triunfante de los demócratas se propone tomar a su cargo la



explotación de los recursos públicos. Las grandes empresas privadas que lucran con esas explotaciones resisten, pero ya en retirada. Sin embargo, el peligro de la administración Roosevelt está en la oposición sorda y enconada de los intereses que están siendo derribados para siempre. Y la fuerza del experimento Roosevelt consiste en que no se trata de una improvisación. Pues ya como Gobernador de Nueva York libró al público de la garra de las empresas y abarató el servicio público de alumbrado, demostró la ventaja de la administración que no busca acumular dividendos sino desempeñar un servicio. La extensión de este sistema a todos los servicios públicos del país que ayer no más era el más capitalista de la tierra es hoy el propósito más interesante de la nueva política. Y el talón de Aquiles del viejo régimen está en la obra de Muscle Shoals que si llega a quedar consumada por el Estado, determinará la total transformación del sistema de trabajo en las obras de interés colectivo. Buena parte de la prensa se calla sobre este ensayo Rooseveltiano del orden económico, porque las agencias informativas ya mencionadas hace un instante, dependen precisamente de intereses que probablemente serán licenciados, lo están siendo ya, pero el combate es a fondo y sus consecuencias nos afectan profundamente.

Dejemos por lo mismo anotado que es el Gobierno y sólo el Gobierno quien puede y quien debe tomar a su cargo el desarrollo de los recursos de una nación y por lo tanto la tarea urgente de la descon-

gestión de los centros urbanos a fin de mover ese “gran parado” que, dijo Palacios, tenemos en América: el suelo. Las grandes extensiones sin cultivo. Hagamos constar así mismo la necesidad de que los partidos políticos incluyan en sus programas mandatos equivalentes a lo que sigue: “Establecimiento de mil, de diez mil, o veinte mil familias por año en los territorios aprovechables y con la mira de hacerlas propietarias”. Hasta ahora los partidos políticos ejercen el favoritismo en forma que es casi de beneficencia y por lo mismo, económicamente estéril — me refiero a la concesión de los puestos públicos. El reparto de pequeñas e inútiles posiciones burocráticas es parte del compromiso de todo el que manda, pero la suerte de mendicidad que así se crea, orilla a la quiebra de los gobiernos. Imaginad el fruto económico y patriótico que recogería un partido que, en vez de puestos públicos inútiles repartiese posiciones sobre la tierra de la patria. Estableciese familias, que son núcleo del desarrollo de la nacionalidad.

La pereza de romper las rutinas del pensamiento y el hábito apunta interrogaciones que no por triviales han de quedar sin respuesta. ¿De dónde van a sacar los gobiernos se dirá, los capitales necesarios para el fomento de tan vastas empresas colonizadoras?

Con la sencillez de lo obvio hay que responderlo: de sí mismos. Para explicar la respuesta basta considerar la situación monetaria del mundo, desastrosa desde el punto de vista del tenedor de dinero



que ha sido arruinado, por la mala fe de los directores del crédito, pero extraordinariamente favorable para un comienzo de operaciones nuevas. Hallándose prácticamente sin valor el dinero, resulta más fácil inventarlo. No es otra cosa lo que hacen los inflacionistas de todas las latitudes. Perdidó el crédito de los emisores del billete de Banco en lo de adelante, no habrá otras divisas que las que emiten los Estados. Y con todos los inconvenientes del Estado como financista vale más que así sea porque siempre resultará más fácil castigar al político que abusa de una emisión que prender y castigar al banquero que abusa de sus propias emisiones pero se oculta bajo la capa del político. El Estado se hará banquero, porque el crédito no volverá a ser función privada, ni jamás debió serlo. El crédito ha revertido ya al Estado en forma que casi no se advierte por lo brusco del cambio, pero hoy el valor de la moneda depende ya no del crédito bancario del emisor del papel, — sino del crédito del gobierno de cada Estado y de su balanza comercial favorable o desfavorable.

En la actualidad se dispone de capital sólo en la medida en que un gobierno hábil ensancha o restringe las emisiones en circulación. Y en rigor no hay otro sistema de hacer dinero porque cada vez este se confunde más con el crédito. En el sistema de ayer, los banqueros lanzaban todos los títulos. No es concebible que después de las quiebras fraudulentas de los bancos de Estados Unidos, después de los escándalos recientes, el público vuelva a

confiarles sus fondos. Únicamente los Bancos del Estado manejarán en lo futuro el dinero y el crédito. Y para hacer capitales circulantes haremos lo que los banqueros, sólo que un poco mejor. En sus distintos empréstitos a nuestros pueblos de América, el banquero nos daba papeles, salvo alguna comisión en oro, como las pagadas a Leguía y a Machado, etc. Pero el grueso del empréstito era papel que les permitía llevarse nuestras cosechas, nuestros metales. Ahora con la mala partida que nos han jugado, depreciando en todas partes la moneda es evidente que si les pedimos mañana dinero prestado, será para aumentar una deuda que a la postre nadie liquida. Ninguna nación podrá pagar las deudas que la generación dispendiosa que nos precede tuvo a bien echarnos encima. Salvo uno que otro rezagado, preocupado todavía de ser leal con quien no lo fué, ya nadie paga el monto de los intereses de los empréstitos, menos se pagarán los capitales. Y a nadie se le ocurre que se va a mover un barco o a molestar un soldado, para exigir del más débil de los países, el pago de aventuras cuya trama bancaria está descubierta y después de que los grandes gobiernos desvalorizan cuando les place su moneda, consumando impunes, saqueos de nacionales y de extranjeros. Quiérase o no y a fuerza de crecer, los débitos internacionales se han vuelto impagables. En consecuencia el crédito a la manera antigua está deshecho. Personalmente, gozo cuando oigo decir de algún empréstito logrado en los días que corren por algún gobierno de His-



panoamérica. Se trata de unos cuantos millones a favor de un saldo que jamás pagaremos. Algo es a cambio de lo mucho que nos llevaron. Y casi me río de la angustia con que hace pocos años predicábamos en el vacío en contra de los empréstitos, pues hoy el mismo abuso nos ha salvado. Tanto creció, por ejemplo, la deuda de México, que hoy nadie se ocupa de cobrarla. Ni a nosotros nos preocupa reembolsar débitos que no nos dejaron el más pequeño beneficio nacional.

Y supongamos como simple suponer, que retorna el poderío de los banqueros y nos volvemos a encontrar en el caso de que sean deseables nuevos empréstitos. No tendríamos entonces crédito, exclaman no pocos ingenuos. Pero el criterio del prestamista se sobrepone a todos los escrúpulos si hay de por medio ganancias. Nos prestarán mañana dinero aunque no paguemos el de anteayer, porque el banquero cobra al contado la comisión del empréstito y los títulos de éste, repartidos entre los cándidos inversionistas, pasan al archivo de la eternidad a confundirse con el papel que hoy desechemos. Mientras haya especuladores habrá empréstitos. Con todo, lo probable es que de la crisis presente salga deshecho para siempre el banquero, máximo representante del tipo burgués, tal y como la nobleza feudal quedó liquidada en la etapa de la revolución francesa. Si así ocurre, en el porvenir inmediato, únicamente los gobiernos prestigiosos, podrán, dentro del territorio nacional y según sus posibilidades, emitir las divisas del crédito,

más necesarias para el desarrollo de la economía colectiva. Y no hay en esto novedad nunca vista. Mucho antes de que existiese la Banca Internacional, el crédito era ya función del Estado. En tiempos de César el dinero valía lo que la responsabilidad de la efigie que marcaba los cuños.

Por otra parte no sería justo que pagásemos empréstitos que hoy representan valores que han salido de las manos del pequeño inversionista originario, y se reparten entre los amigos de Wall Street, los Lindberg y los Morrow, todos los clientes de la lista oficial de la documentación del Magistrado Peccora. Caigan o no bajo el peso de la ley, todos estos altos delincuentes, lo que parece conquistado es que no volveremos a confiarles el crédito, y que lo ejercitarán los gobiernos con apoyo en los recursos de cada región. Este tipo obligado de nacionalismo traerá consecuencias insospechadas y aun para algunos catastróficas. Después de todo la despoblación forzosa de las Islas Británicas que, al perder el mercado manufacturero se verán en la imposibilidad de abastecerse de cereales, constituye una calamidad menor que la persistencia de un sistema que nos convertía a todos en tributarios de una industria excelente pero no irremplazable. Se insurgen las factorías reclamando su derecho a la vida y también sin propósito deliberado de dañar la vida agena.

No creemos que, para siempre se cerrarán las fronteras de las distintas naciones. Perecerán los monopolios, no el comercio. Cerrará Manchester



pero se abrirán factorías donde existan caídas de agua y materia prima. El pan de los pueblos no estará a merced de las combinaciones del mercado internacional, porque cada pueblo producirá lo necesario a su sostenimiento o renunciará a la soberanía. Y en lo internacional, subsistirá el intercambio de los productos que constituyen monopolio natural como el tabaco y el café, que bien pueden permutarse por carbón. Y se establecerá el equilibrio de las naciones según la economía, quizás antes de que en el interior de los pueblos se conquiste la jerarquía económica y el equilibrio de las castas.

He dicho castas y esta palabra recuerda la lucha de clases. En realidad no soy un convencido de la lucha de clases, pero sí creo en la casta según la define el Manu. No cabe duda de que se nace para esto y para lo otro y que no siendo igual la calidad del servicio tampoco debe ser idéntica la recompensa. Esto no quiere decir precisamente que deba ganar más, el obrero intelectual que el obrero manual. Yo no hallo inconveniente en que el carpintero de la aldea, tenga en su casa para su uso, los mejores muebles que le sea posible fabricar. Lo que sí resultaría monstruoso es que el carpintero sin preparación especial dictaminara un día sobre política, arte o literatura. No le disputo al obrero manual el salario, pero sí la competencia para opinar en cuestiones que sobrepasan el oficio. Especialmente abogo por los fueros del especialista de las ideas generales de que varias veces he hablado. Constituimos de un modo o de otro la clase sacer-

dotal de que habla el Manu, el Clero que recientemente ha definido Jules Benda. Y mal o bien cumplimos la vieja función espiritual que es patrimonio de casta como el oficio o la vocación del artista. Es claro que entre nosotros hay desertores de la zapatería que se fingen intelectuales para eludir el oficio manual. Para expulsarlos propongo que sea el más mal pagado, el menester del intelectual. Siempre le ha hecho daño al sacerdote la holgura y nuestra vocación ha de probarse por el espíritu de sacrificio, lo mismo que cualquier otro heroísmo. En cambio en la honra y el mando reclamamos porción ilimitada, para bien de los pueblos. La misma lucha de clases podría evitarse organizando con acierto la realidad natural de las castas. Y por supuesto, el sistema moderno de la casta y el antiguo difieren en que hoy no se concibe la casta cerrada. Hoy sabemos que de un carpintero se puede hacer el Redentor del mundo. La casta moderna permite saltos y avances, a la vez que no puede impedir los retrocesos. Y así aprovecha el rejuvenecimiento contenido en la masa heterogénea de las generaciones. La casta de esta suerte concebida, nos salva también del peligro igualitario implícito en la tesis de la abolición de las clases después de su lucha. Lo que sería un descenso trágico, pues las especies superiores se caracterizan por la creciente diferenciación de sus miembros, no por su homogeneidad. Reprimir en el hombre la tendencia individualista es en consecuencia degradarlo. De paso contraría también la verdadera ciencia,



que es prolongación en nuestra conciencia de las experiencias más eficaces del Cosmos. No hablo por supuesto de la supuesta ciencia dialéctica. Afirmar un individualismo de raíz biológica y de ambición espiritual ilimitada, no es tampoco contrariar la justicia distributiva. Por el lado en que somos rebaño aceptamos la ración sin exigir privilegios de mejoría; pero a la hora de actuar como hombres nos insurgimos contra el fetiche hegeliano y maloliente que es, en todo caso, el Estado.

Pero emancipación del individuo no quiere decir patente de corso para ejercitar el pillaje sobre nuestros conciudadanos. Y un sistema de corso con irresponsabilidad es el capitalismo irrestricto que se ha desarrollado al amparo de un liberalismo desprovisto de sentido social. Libertad, pero no para expoliar al prójimo con negocios que importan privilegio, ni para mantener sin cultivo la tierra ni para testarla sin limitaciones. En todas partes y ya sea por un camino o por otro, la riqueza individual quedará limitada. La opinión ha visto claro en los últimos tiempos y es cada día más tenue la diferencia que separa al gran capitalista de su congénere el gangster. El interés que antes mostraban los ociosos por los hábitos y ocurrencias del gran financista se traslada en la actualidad a un Al Capone colega de la maffia extra partidista, extra gubernamental. De todas maneras es un signo de los tiempos que el multimillonario reverenciado ayer como super hombre, sea hoy el blanco de los ataques de Mussolini, y del comunista. Los elemen-

tos nada más izquierdistas, los extremistas del liberalismo, ven en cambio su prestigio disminuído porque no afrontan con valentía el asunto de la hora, y se desvían por el declive fácil del anticlericalismo y la intolerancia en lo religioso. Nuestra economía, libre ya del prejuicio que nos presentaba como intocables los intereses de los extranjeros, deberá desarrollar la legislación fiscal en consonancia con el criterio que hinca el diente en estos antiguos privilegios. Ni se cae la estructura social por hacerlo, antes al contrario se consolida. Y no se producen guerras internacionales porque ya los gobiernos no los mueven las camarillas del agio. Al Capone arrastra en su caída a sus socios indirectos de la Bolsa y la Banca. Parece que nos hallamos a un siglo del buen puritano Coolidge que ayer nomás se creía obligado a llevar la escuadra, donde quiera que peligrase un solo dollar de Norteamérica.

La hora es propicia para someter a nacionales y extranjeros, a las exigencias de un plan económico favorable a los intereses de la mayoría de cada país. No hay otro medio de prevenir contra el desastre. La única manera de evitar la revolución de los de abajo es consumándola desde arriba. Si arriba sólo se piensa en reprimir el anhelo reformador y en mantener el mismo orden de cosas, se aplazará quizás el estallido, pero sólo para volverlo más feroz en el momento fatal de su desahogo.

La cohesión que hace falta para construir sobre las bases de la vieja economía, un sistema más efi-



caz, exige que, en materias de opinión y de creencia se practique la más amplia tolerancia, conforme a los usos de la democracia. Cuestión que nos lleva a considerar el error que tanto ha contribuído a dividirnos desde hace casi un siglo. Me refiero a la pasión religiosa que por instigaciones de una política extranjerizante, protestantizante ha creado en casi todo el continente hispánico dos bandos irreconciliables conservadores y liberales; católicos y ateos. El protestantismo que en los países anglosajones marcha mano a mano con el más exaltado capitalismo, padece en estos instantes una crisis paralela a la de su fruto y sostén. Desde sus comienzos la Reforma prepara el individualismo extendido a lo económico, el rechazo de las leyes contra la usura, la tendencia socializante que siempre mantuvo la Iglesia medioeval. A la vez que a nosotros nos invadía el capitalismo, se propagaba en nuestros medios, un misionerismo cuyos servicios, lógicos sin duda, en tierras por cristianizar, nos resultan improcedentes y aun irreligiosos puesto que sólo pueden producir el resultado de avivar el espíritu sectario y excitar la intolerancia. De muy diversas maneras se ha operado la penetración religiosa extranjera. Con frecuencia el político liberal de nuestras naciones seguro de su propio laicismo, no se da cuenta de que sirve sin embargo los intereses de sectas que al establecerse entre nosotros nos privan de la ventaja de la unidad religiosa que nos legara la Colonia. Con pretexto de implantar libertades cuya legitimidad no negá-

mos, el liberalismo se ha convertido sin advertirlo en el muñeco de un imperialismo que desintegra el alma nacional a tiempo que mina la economía de nuestros territorios. Por su parte los conservadores se encierran, allí donde dominan, en una intransigencia que provoca el rencor y la protesta. El caso de México dividido y desangrado desde la época de Juárez por disputas de religión que ya todos los pueblos cultos han resuelto, según normas de mutuo respeto y libertad, es una dolorosa enseñanza de lo que puede la influencia exterior mal digerida por los de adentro, perversamente dirigida por los de afuera. Pues es curioso que el liberalismo norteamericano, fuerte apoyo del liberalismo de México, desde los tiempos de Poinsett, aliado eficaz que diera a Juárez, municiones de guerra a cambio de concesiones de tierras, no aplica en su país lo que en México ayuda a imponer a sangre y fuego. Los Estados Unidos reconocen el derecho de asociación religiosa y levantan suntuosos edificios para escuelas confesionales y conventos. Sin embargo, el tipo de liberalismo que ellos apoyan en México, no sólo no tolera que se levanten edificios para escuelas católicas, sino que les confisca los edificios. En México, un párroco no puede abrir una escuela gratuita, en los Estados Unidos las escuelas parroquiales colaboran con las escuelas del Estado. Nos dejan así a nosotros el veneno de una práctica que excluyen de su propio territorio. Nos brindan el disolutivo de que ellos se precaven y de paso imaginan que al ser destruído el católico recogerá



botín religioso el protestante. En realidad el protestante no avanza, pero sí deja regada la cizaña. Me parece por lo mismo que ya es tiempo de que abran los ojos todos aquellos que se sientan latir un corazón patriótico. Urge la sana tolerancia que nos junte a todos, como se unen en los pueblos cultos los bandos para salvar el común interés. Para curar a los pueblos enfermos del continente, es menester que las viejas rivalidades se olviden y que el fanatismo de los dos antagónicos credos se reemplace con la cooperación en la defensa de la raza amenazada y todavía non nata. Es tiempo de que los partidos quemén las viejas enseñas de discordia y en vez de liberales y conservadores tendremos un solo gran partido nacionalista, mientras somos bastante fuertes para darnos el lujo de ser internacionalistas. Dentro de ese partido común a todos los iberoamericanos por su nacionalismo particular y continental, tendrán que definirse las tendencias de mira económica, sin duda inaplazables, y las reorientaciones del orden espiritual. Dentro de un nacionalismo comprensivo el proletariado organizado en uniones y sindicatos será tan fuerte como en otras naciones y más fuerte que hoy, y las clases que poseen, organizadas para aumentar la riqueza más bien que para defender celosamente sus privilegios, contribuirán al progreso. La lucha interna de las sociedades no puede ser suprimida, pero debe ser encauzada, de suerte que conduzca al bien público y no a la desintegración de la patria. La paz religiosa ayuda a desenvolver

el proceso social de la conquista de la equidad, la mejoría económica. Ante el abismo que se ha abierto en México, me duelo y pido a las naciones americanas que combatan las influencias que a nosotros nos han desgarrado.

Advertía también en mi primer conferencia que somos los iberoamericanos la única raza insensible al clamor de la hora que llama a juntarse por intereses y estirpes y clamaba por la Conferencia de Ottawa, que algún día juntará a las naciones españolas de América para discutir sus destinos. Y veo que empiezan ya a tomarse acuerdos tímidos, de todas maneras laudables. Bendigamos la cordialidad que recientemente se ha afirmado entre el Brasil y la Argentina. Saludemos el programa del liberalismo de Colombia que renueva el dictado de Bolívar, hacer una entidad con las naciones que en el seno de la Gran Colombia consumaron las proezas mayores de toda su historia. Quedan aun, no lo ignoramos, muchas resistencias que vencer. Resulta difícil sacar a México de su aislamiento y libertarlo de cierto exagerado indianismo, teñido como se sabe de divisionismo favorable al imperialismo.

Parece que hay todavía entre el porteño argentino que se siente europeo, un olvido que le oculta el hecho de que en Europa es intruso y a un paso de Buenos Aires en la provincia es, o puede ser, señor de sí mismo y criollo de primera. Si bien se vé, el continente del sur está todavía en el período que los norteamericanos conocieron cuando Nueva York y Boston y Filadelfia, las metrópolis del



Atlántico decidían de la vida nacional. Durante esa época el norteamericano también se sentía, un europeo disminuído. Pero surgieron sobre la llanura del interior Chicago y Springfield y San Luis Missouri y Kansas y apareció al mismo tiempo el norteamericano auténtico, que ya no sólo no está pendiente de Europa, sino que la invade con sus modos, sus capitales, sus ejércitos.

No acabaremos nosotros de constituirnos en el sur, mientras el eje de la vida nacional esté en Buenos Aires y en Río de Janeiro. Quizás la actual exigencia de restricción económica que hoy se inicia, nos lleve a construir apresuradamente y como consecuencia del nacionalismo económico, las nuevas capitales de la Pampa y el altiplano que han de dar por fin configuración definitiva al hombre de sudamérica. Tras de la era Atlántica vendrá el período del señorío sobre nuestro interior; la era propiamente latinoamericana. Y vendrá a quedar por el Chaco la gran Metrópoli, el Chicago argentino que con las fuerzas de los grandes ríos construya una economía independiente del exterior y asiento de la cultura completa y autóctona. Construiremos también, por el interior del Brasil otra gran cosmópolis que domine las deltas del Amazonas, más allá de Minas Geraes y con asiento en la tierra, ya no anclada por las orillas del mar.

Pronto o tarde por allí van los senderos que han de recorrer las naciones del continente. Para iniciar la marcha hacen falta capitanes. Y otra vez la mirada se deslumbra imaginando las posibilidades

de la juventud en estos continentes maravillosos. Juventudes de México que se han depurado en la constante pelea contra dictadores que son esbirros del poderío extranjero. Juventudes de la Argentina que me parece, sueñan todavía demasiado con el ejemplo ruso, como si no tuviesen bajo sus pies, el tesoro del continente que ha de dar a los hombres normas nuevas en economía y en mentalidad. Para todas estas angustias presentes, para todas estas empresas futuras, importa revisar los valores del presente, las armas con que contamos para la acción del progreso.

Son estas armas, variables según la práctica, adaptables en economía política, discutibles en el orden social y cada pueblo hará mejor inventando sus propios sistemas. Pero hay algo que ni se inventa ni se cambia porque está ya constituido y no muda. Ese algo es la ley moral que rige hombres y pueblos con inflexible disciplina a través de la historia. Desde que la historia comienza se advierte en obra, la siguiente perenne determinación. Los pueblos avanzan o retroceden según que se alían o se apartan de ciertos principios comunes a la Etica desde que hay humanidad. Desde que aparece el cristianismo, cada pueblo histórico ha sido fuerte según la fidelidad con que pone en obra la auténtica doctrina de Cristo. El enorme y sensualista poder de los musulmanes se derrumba al ataque de los cruzados fervorosos.

La España creyente y sobria conquista el primer gran Imperio del Mundo. Lo pierde cuando el bien-



estar y la esclavitud corrompen el medio iberoamericano. Y entonces el poderío material se traslada a las naciones del norte. No se deben echar en olvido las circunstancias económicas que impulsan el desarrollo norteamericano. Abundancia de combustible en el momento en que comienza la era industrial. Pero también es evidente que sin el vigor del puritanismo, la misma abundancia habría sido estéril y no hubiese construído un gran imperio, es decir, una zona de vida libre y dichosa para muchos millones de hombres. Aun antes, en la barbarie pagana, donde la fuerza era ley, el Imperio un Dios, allí mismo advertimos la predominancia del romano de la República, sobrio y austero en sus hábitos sobre las poblaciones que en el sur se entregaban casi sin combatir porque ya profesaban la ética materialista de Sardanápalo: Sacar de la vida y a toda costa los goces. Desde el comienzo de la historia la fuerza es sinónimo de virtud, en el sentido de austeridad y de lealtad, en el concepto de amor fraterno y de sumisión a ciertas reglas que no son obra nuestra, sino dictado de las potencias de lo alto. En el panorama general de la historia, hay algo que sorprende y estremece, por encima de las aberraciones y los crímenes de nuestra pobre humanidad. Y es la persistencia, casi intangible de la idea moral a través de los tiempos, no sólo como un arquetipo, sino también como ley y condición de la práctica. No hay nada más impresionante que ver a la misma ciencia rectificándose; a diario los laboratorios introducen variantes en el

sistema de Copérnico y ya hace mucho que desechamos a Tolomeo. Pero las tablas de la ley no necesitan cambio. La verdad de Cristo es la única verdad inmutable. Cambia la ciencia según va variando la práctica; se modifican los gustos según la época, el clima y la raza, y sólo en la ética, que es valor del espíritu, y en la idea, que es ejercicio del alma, encontramos la suprema calidad de lo eterno.



Discurso del doctor Alfredo L. Palacios  
sobre la personalidad  
del doctor José Vasconcelos

La invitación a Vasconcelos para dictar estas conferencias en la Universidad de La Plata, entraña un homenaje al gran idealista de nuestra raza, que ha consagrado su inteligencia, su energía y su perseverancia al estudio y dilucidación de los problemas que nuestro destino plantea a los pueblos iberoamericanos.

Tiene la palabra de Vasconcelos una triple autoridad: la que inviste su talento y su saber, la que le confiere su experiencia y la que procede de su ejemplo, sobre todo la que procede de su ejemplo, en esta hora sombría de la historia en que se desata sobre el mundo un huracán de enloquecimiento, de violencia y de frenético utilitarismo.

A las solicitudes de los que poseen, ha preferido Vasconcelos, la pobreza y este constante peregrinar por tierras hispánicas, conduciendo el tesoro de su idealismo y de la visión futura de nuestra raza, entregado a la noble tarea de infundirnos la conciencia de nuestro propio valer.

Pesada y árida es esa tarea. Nuestros valores actuales están dispersos y en apariencia son contrapuestos y aún antagónicos.

Una morbosa disposición, un apetito desorientado de poderío que nos conduce a una lucha de competencia brutal, nos hace despreciar todo lo propio, y el estado elemental de nuestra cultura y nuestro espíritu nos inspira admiración, sin tasa, por cuanto nos es ajena.

Las cosas propias sólo merecen nuestra más acerba crítica. Signo es éste, sin duda, de una aspiración al perfeccionamiento, pero carecemos todavía de la suficiente discriminación para advertir en nosotros, lo que es perecedero y transitorio, de aquéllo que constituye la esencia más valiosa de nuestro ser y nos diferencia, ventajosamente, de los otros pueblos.

Es preciso que hombres de otras razas, como Keyserling, vengan a decirnos que llevamos dentro el germen y la substancia de una cultura nueva en el mundo, y aún así, nos resistimos a creerle.

Cada uno de nuestros países se considera aislado sobre la tierra. La inconciencia y la ignorancia nos llevan a despreciar nuestra tradición común y a desdeñar y hasta reprobar, las glorias de la conquista.

Necesidades políticas del momento nos han hecho mutilar de nuestra historia los siglos anteriores a la Independencia, como si la época colonial no formara parte de nosotros mismos. Y hoy nos sentimos desarraigados, divididos y extraños unos a otros.

No hemos llegado a enterarnos, todavía, de que ahora existe en el mundo una lucha despiadada, una implacable contienda entre potencias raciales de primera magnitud en la que no cuentan para nada los pueblos débiles ni los principios morales.

Seguimos alimentándonos de ilusiones pueriles, de egoísmos aldeanos, de propósitos individuales. Nos falta el conocimiento de la realidad. Carecemos



de idealidad, de voluntad austera y creadora y de altos vuelos del espíritu.

Tenemos la obsecación —que es una forma de la impotencia—, de los fines inmediatos y los horizontes exclusivamente personales. Por eso, cuando hablamos de idealismos, nos tenemos que nutrir de las tendencias extrañas y obedecer a intereses contrapuestos a los que debemos sustentar.

De ahí que las conferencias de Vasconcelos que tanto interesan a los hombres de pensamiento, no hayan despertado grandes entusiasmos. Es ésto un reproche que hago a la juventud universitaria argentina que aparece desorientada en esta hora incierta, sumida en discusiones bizantinas, cuando la democracia necesita de su esfuerzo.

La palabra de Vasconcelos es la de un técnico experimentado, de un idealista consciente que no halaga ni cultiva las ilusiones pueriles, ni las vanidades localistas ni los ideales epidérmicos. Sus doctrinas, su ejemplo y sus orientaciones, reclaman el estudio, la meditación y la larga voluntad. Resultan, poco adecuados, todavía, para nuestra curiosidad un tanto infantil y nuestra esterilizante veleidad por las modas ideológicas.

Estamos en momentos terribles para el mundo, y decisivos para nuestro porvenir, que nos reclama un rápido y enérgico despertar.

No es posible que sigamos en pleno sonambulismo, hipnotizados por las culturas que se derrumban, a no ser que pretendamos suicidarnos y sucumbir bajo los escombros de la catástrofe que se perfila en todos los puntos del horizonte.

No obstante las apariencias en contrario, profeso una fe inquebrantable en la grandeza de nuestros destinos.

Hay latentes, en nosotros, fuerzas capaces de

arrancarnos del letargo en que estamos sumergidos y que nos permitirán forjar el porvenir.

De ello es ya, signo y augurio, la actitud de Vasconcelos. Su robusta personalidad es clamoroso repique anunciador, para toda nuestra raza.

Nada más oportuno que este homenaje a los puros valores del espíritu, en momentos como el actual en que el mundo sólo reconoce los valores materiales del interés o de la fuerza. No deja de ser significativo y reconfortante, al mismo tiempo, que haya sido nuestra joven Universidad la iniciadora del justo y elevado homenaje.

La juventud ha escuchado la palabra de este varón ejemplar que ha encarnado, en su país, una política sana y ha realizado, en América, la obra más trascendente de cultura, que jamás se haya intentado por nuestros políticos.

Vasconcelos es un auténtico maestro de la juventud y sería lamentable que nuestros jóvenes, obstinados en atenerse a principios y abstracciones que hoy carecen de oportunidad y hasta de sentido, le dejaran pasar, con indiferencia o con enojo.

Sepa la juventud que su misión es la de elaborar, e imponer a la conciencia colectiva, un nacionalismo constructivo, renovador y ascendente.

Nuestra patria posee una tradición tan idealista y depurada que representa la más alta tendencia y la más avanzada, hoy, en el mundo. Su naturaleza intrínseca consiste en no separar la idea de patria de la idea de justicia y en no concebir, siquiera, que puedan contraponerse ambos conceptos, ni menos aún que la patria deba sobreponerse a la justicia. En eso estriba la fuerza moral de la Argentina, y ese principio debemos sostenerlo y difundirlo por América, contra todos los azares y peligros.

Sepa, también, la juventud, que para realizar esa



obra de nacionalismo constructivo que es imperiosa, ha de apoyarse sobre un sentimiento solidario de carácter religioso.

No debe asustarse de la palabra religión: ha de desechar ese prejuicio que considera "tabú" el concepto religioso de la vida. Si quiere reemplazar lo que hay de esterilizante y agotado en las viejas creencias, ha de ser creando un impulso de religiosidad laica y civil que potencialice sus luchas.

Si quiere la juventud salvar la libertad de América, ha de impregnar su obra de un vasto anhelo místico y desinteresado, profundamente solidarista, reivindicando los principios morales del cristianismo.

Las juventudes de América deben afrontar la ruda pero eminente labor de construir una gran democracia social, repudiando la actitud recelosa, defensiva y de crítica excluyente, para adoptar la acción afirmativa constante, de espíritu expansivo y de índole creadora.

Siga la juventud el camino que señala el maestro, teniendo siempre presente que los pueblos que carecen de disciplina y de coherencia, debatiéndose en discusiones bizantinas, pueden fácilmente ser reducidos a la servidumbre en el sentido cívico, e hipotecados en su soberanía.

